

Lou Carrigan

FUGA SIN FIN

COLECCION
LA HUELLA



LOU CARRIGAN

FUGA SIN FIN

Colección LA HUELLA n.° 128
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 6.401 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

l. ª edición en esta Colección: abril, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

Desconcierto en el FBI

Clarence Hadaway, inspector especial del FBI, afecto a las órdenes directas del director Edgar Hoover, jefe del departamento de Espionaje Internacional desde hacía años, y últimamente, jefe también del recién creado Special Group, alzó la cabeza al oír la llamada por el ínter-comunicador, cuya clavija pulsó con rápido gesto.

—¿Sí, Ralph?

La voz de su ayudante sonó clarísima en el insonorizado despacho de Hadaway:

—Ha llegado, señor.

—Salgo ahora mismo.

Bajó la clavija, se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta, pensativo. La abrió, y apareció en el despacho de Ralph, que señaló con la mirada y un gesto de barbilla hacia el hombre que permanecía en pie en el centro del despacho, con un portafolios en las manos.

Un hombre moreno de mediana estatura quizá cuarenta años, vestido con vulgar corrección, y cuyos negros ojos se clavaron inmediatamente en Hadaway; también éste tenía los ojos negrísimos, de mirada penetrante y al mismo tiempo plácida, serena… La mirada de un hombre capaz de comprender mucho más de lo que podía ver. Una mirada que pareció desasosegar por un instante al recién llegado a la Central del FBI, en Washington.

—¿«Continental»? —susurró Hadaway.

—Sí.

—Soy Clarence Hadaway. Recibimos su telegrama desde México, y el señor Hoover me ha asignado el asunto. Tenga la bondad de pasar a mi despacho.

—Gracias. Habla usted muy bien el español, señor.

Hadaway agradeció la alabanza con una media sonrisa. Podía haber dicho que además del español, y, naturalmente, el inglés, hablaba otros doce idiomas, pero, en verdad, no parecía necesario. Tras hacerle una seña a Ralph, que indicaba con toda claridad que no estaba para nadie, Hadaway volvió a su despacho, en pos del hombre llamado «Continental». Cerró la puerta, y señaló uno de los sillones colocados ante su mesa.

—Siéntese, por favor.

«Continental» ocupó el sillón señalado, y Hadaway el suyo, al otro lado de la mesa. Durante unos segundos, estuvo mirando fijamente al visitante. Luego, tomó un *dossier* colocado en una esquina de la mesa, y en cuya portada se leía, simplemente. «Continental». Lo abrió, dejando visibles varios folios mecanografiados, y, encima de todos ellos, un telegrama, que tendió al hombre.

—¿Envió usted este telegrama desde Ciudad México?

El otro lo tomó, y lo leyó, y lo devolvió, asintiendo con la cabeza. Hadaway también hizo un gesto afirmativo, y una vez más leyó el telegrama.

Decía:

> «Llegaré en breve a Washington. *Stop*. Ofrezco listas completas. *Stop*. Saludos,
>
> »"Continental"».

—Naturalmente —murmuró Hadaway—, en el FBI hemos tenido conocimiento de sus muchas actividades, y sabemos que ha sido usted siempre un activísimo agente cubano a las órdenes del espionaje soviético; en repetidas ocasiones hemos intentado cazarle, pero usted ha sido, hasta la fecha, más listo que nosotros. Tanto, que ni siquiera tenemos el menor indicio físico que nos haya permitido intentar su captura con ciertas probabilidades de éxito. ¿Lo he definido bien?

—En efecto… —sonrió «Continental»—. He sido hasta ahora un cubano al servicio del espionaje ruso, operando siempre en Estados Unidos de acuerdo a las instrucciones que recibía en La Habana, en

mis frecuentes viajes allá.

—¿Cuál es su nombre? El verdadero, claro.

—Gerardo Burgos. Pero, por supuesto, suelo viajar con diferentes nombres y pasaportes centroamericanos y sudamericanos. En esta ocasión, he llegado aquí utilizando pasaporte mexicano a nombre de Agapito Lorente. ¿Quiere verlo?

—Me gustaría.

«Continental» abrid el portafolios, sacó el pasaporte, y lo entregó a Hadaway, que, tras echarle un vistazo, aprobó, sonriendo secamente.

—Un trabajo perfecto. No para mí, pero sí para los empleados corrientes de Aduanas e Inmigración. Bien… Quedamos, entonces, en que su verdadero nombre es Gerardo Burgos, y que durante algunos años, con el nombre clave de «Continental», ha estado operando en trabajos de espionaje dentro de Estados Unidos en beneficio del servicio secreto ruso. ¿Exacto?

—Sí, señor, exacto.

—Y ahora, usted, por propia iniciativa, se presenta aquí, en la Central del FBI, tras haber avisado su llegada por medio de este telegrama. Teniendo en cuenta el ahínco con que le hemos perseguido en vano en diversas ocasiones, y su gran importancia como… agente ruso-cubano, cabe pensar que usted, sin presiones, ha decidido… cambiar de bando. Por tanto, ha recurrido al FBI, ya que sabe muy bien que siempre hemos desarrollado una gran labor de contraespionaje en territorio nacional. ¿Sí?

—Sí, así es. Pensé en la CIA, pero prefiero tratar con ustedes.

—¿Por qué?

—Considero que el FBI tiene mayor seriedad.

Clarence Hadaway parpadeó, y casi sonrió. Aquello sí que estaba bueno… Y sería una puya más contra la CIA, siempre acérrima rival del FBI.

—Aclaradas sus intenciones de pasarse a nuestro bando, señor Burgos, me gustaría saber a qué se debe ese cambio en su actitud.

—Quiero la nacionalidad norteamericana y dinero. Sólo eso.

—¿Cuánto dinero?

—No sé. ¿Quinientos mil dólares es demasiado?

Hadaway encogió los hombros.

—Quinientos mil dólares es mucho dinero, pero no sé si

demasiado. Depende de lo que el FBI obtenga a cambio. De todos modos, por dinero no discutiremos demasiado. Lo que quizá nos ocasione no pocas dificultades es lo de su nacionalidad.

—Lo comprendo. Pero espero que me la concedan a cambio del gran servicio que voy a presar a Estados Unidos.

—Es posible. En el telegrama menciona usted unas «listas completas»… ¿Están relacionadas esas listas con su gran servicio a Estados Unidos?

—Sí.

—¿De qué son esas listas?

—De personas. Setenta y dos personas que, hasta la fecha, han estado trabajando bajo mi dirección.

—¿Se refiere usted a setenta y dos norteamericanos que, por medio de usted, han estado colaborando siguiendo instrucciones del servicio secreto ruso?

—Exactamente.

—¿Y a cambio de qué han estado cometiendo traición esos setenta y dos norteamericanos?

—Unos, por adhesión a las ideas comunistas; otros, por dinero, sencillamente. Periódicamente, les he pasado instrucciones y el dinero convenido a los que lo pedían. Ése era mi trabajo hasta ahora en su país, señor Hadaway, el que originaba mis frecuentes entradas y salidas en Estados Unidos, así como mis amplios desplazamientos en todo el territorio.

Hadaway estaba un poco pálido.

—De donde se desprende —musitó— que esos setenta y dos norteamericanos traidores están distribuidos en todo el país.

—Prácticamente en todo el país, sí. He traído las listas de sus nombres y direcciones. ¿Quiere verlas?

Clarence Hadaway tendió la mano, y «Continental» puso en ella los folios escritos a máquina que sacó de la cartera de piel. Durante un par de minutos, en el muy silencioso despacho de Clarence Hadaway solamente se oyó el sonido de aquellos papeles al ser pasados entre los nervudos dedos del jefe del FBI Special Group. Por fin, su negra mirada se clavó en «Continental».

—Éste no va a ser un asunto agradable, señor Burgos.

—Lo supongo. A nadie le gusta saber que tiene basura en casa.

—Espero que se dé cuenta de que tendrá usted que declarar en

persona y directamente contra estos setenta y dos acusados. Y que esta acusación es gravísima en Estados Unidos: no sólo traición, sino adhesión a actividades comunistas.

—Me doy perfecta cuenta de todo.

—Y dice usted que esto lo hace a cambio de la nacionalidad norteamericana y quinientos mil dólares.

—Sí. Estoy harto de los rusos.

—Comprendo. ¿Qué clase de actividades han estado realizando estas setenta y dos personas?

—Oh, de todo un poco, usted sabe… Pequeños sabotajes, espionaje en pequeña escala, subversiones y agitaciones en Universidades… Cosas así. Con mis explicaciones, el FBI podrá acusar de cosas concretas a todos y cada uno de los componentes de estas listas. En conjunto, las…

Gerardo Burgos se calló, al oír la puerta del despacho de Hadaway. Se volvió, y vio entrar a Ralph. También Hadaway estaba mirando a su ayudante, con el ceño fruncido, si bien, en el fondo, sabía que para que Ralph desobedeciese sus órdenes de no molestarle absolutamente para nada, los motivos debían ser poderosísimos.

Ralph llegó junto a Hadaway, se inclinó, y estuvo susurrándole junto a un oído durante irnos segundos. El rostro de Hadaway permaneció inalterable. Luego, mientras Ralph salía del despacho, él se puso en pie, mirando a «Continental» con expresión inescrutable.

—¿Me perdona unos minutos, señor Burgos? Ha surgido algo imprevisto que debo atender con toda urgencia.

—Yo no tengo ninguna prisa.

—Procuraré no demorarme demasiado.

El inspector especial del FBI salió de su despacho, cerrando la puerta, de modo que «Continental» quedó aislado allí dentro. Afuera, en el antedespacho en el que trabajaba Ralph, Clarence Hadaway se quedó mirando al hombre que, a su vez, le miraba con suma atención, sentado en el sofá de espera, con un portafolios en las manos. Era un tipo alto, de cabellos castaños y ojos del mismo color, expresión casi simpática, de unos treinta y cinco años.

Hadaway se acercó a él, y el hombre se puso en pie, sonriendo conciliadoramente.

—Según parece —dijo—, debo entenderme con usted, señor. Mi nombre es Gerardo Burgos, pero, me parece que en el ambiente del espionaje se me conoce mucho mejor por el nombre de «Continental»… Les envié a ustedes un telegrama desde Ciudad México.

—Lo hemos recibido… —murmuró Hadaway—. Pero, por favor, señor Burgos, siéntese.

—Gracias.

Lo hicieron los dos, en el sofá, y Hadaway se quedó mirando con toda atención al segundo hombre que se presentaba allí diciendo ser «Continental», el famoso espía ruso-cubano que, desde hacía no menos de tres años, llevaba de cabeza al Departamento de Contraespionaje del FBI.

—Espero que no haya tenido serias dificultades para llegar hasta Washington, señor Burgos.

—Oh, soy experto en solventar esa clase de pequeñas dificultades… —sonrió el flamante Gerardo Burgos—. Usted comprenderá que dispongo de varios pasaportes, y no pocos sistemas de desplazamiento seguros, que he adquirido durante mi servicio en el espionaje ruso. En cuanto a llegar hasta este despacho, ha sido sencillo: he dicho que quería ver al hombre que dirigía el contraespionaje del FBI, y me han conducido hasta este despacho.

—Entiendo. Mi nombre es Clarence Hadaway, y, efectivamente, dirijo el contraespionaje nacional en el FBI, y las misiones que podríamos llamar de espionaje internacional exterior.

—En tal caso, estoy en buenas manos.

—Celebro que lo considere así. Perdone que no le haga entrar en mi despacho, pero estaba atendiendo una pequeña conferencia muy importante, a la que debo regresar inmediatamente, si no le molesta esperar unos minutos.

—Por supuesto que no.

—Muy amable. En su telegrama menciona usted, unas «listas completas», señor Burgos. ¿Puede decirme a qué se refieren esas listas?

—Es una relación de ochenta y tres personas estadounidenses que hasta la fecha han estado trabajando a mis órdenes para el comunismo, dentro de su país, señor Hadaway.

—Es decir, ochenta y tres traidores a Estados Unidos.

—Me parece que no pueden definirse de otra manera —asintió «Continental».

—¿Las trae consigo, señor Burgos?

«Continental» abrió su portafolios, y sacó unas páginas mecanografiadas, que tendió a Hadaway. Éste las examinó con rapidez, pero con gran atención. Su memoria era excepcional, de modo que muy pronto se dio cuenta de que aquellas listas eran diferentes a las presentadas por el otro Gerardo Burgos, el que esperaba en su despacho: no coincidía ni uno solo de los nombres, que él recordase.

Sin embargo, susurró:

—Es un buen material, señor Burgos. Naturalmente, este asunto merece ser tratado con mucha calma y entera dedicación. Voy a terminar con esa conferencia, y le atenderé en mi despacho en seguida. Pero antes, dígame una cosa: ¿qué espera usted conseguir a cambio de esto?

—Nada.

—¿Nada?

—Si acaso, alguna pequeña ayuda por parte del FBI para instalarme en algún país de habla española con documentación… tranquilizadora. Quiero separarme de todo esto, y he pensado que el FBI podía ayudarme a cambio de esta valiosa colaboración por mi parte.

—El FBI suele ser agradecido. Le prometo que haré todo lo posible por…

Hadaway calló, de pronto. Miró hacia el teléfono exterior de la mesa de Ralph, que estaba sonando. Ralph estaba tan estupefacto escuchando aquella conversación que el teléfono sonó un par de veces más antes de que lo atendiese.

—¿Sí?

—Sí, sí, diga…

—¿Cómo? —Casi gritó Ralph.

—Pero… Oh, sí, entiendo, claro.

—Sí… Sí, sí, sí… No se mueva de ahí; enviaremos a alguien a recogerlo.

—Bien; en el bar. Sí, hasta ahora.

Colgó, y se quedó mirando con expresión alucinada a Hadaway,

que le contemplaba con gran atención.

—¿Y bien, Ralph?

—Pues… Bueno, señor…, ¿podría usted acercarse?

Hadaway fue hasta la mesa de su ayudante, y se inclinó hacia él, de espaldas a Gerardo Burgos.

—¿Qué pasa? —susurró.

—Acaba de llamar desde el aeropuerto un tipo que dice haber llegado ahora mismo a Washington, señor —susurró también Ralph —. Su nombre es Gerardo Burgos, alias «Continental».

—Ya. Está bien, envía a dos agentes a recogerle.

—Pero, señor, esto es absurdo… Ya tenemos aquí a dos sujetos que dicen ser «Continental», y ahora llega un tercero… Esto no tiene ni pies ni cabeza, señor.

—Según parece, te equivocas —sonrió, inexpresivamente Clarence—, ya que tiene tres cabezas y tres pares de pies.

—Que me maten si lo entiendo, señor.

—Envía a por ese sujeto. Pero antes espera a que éste de ahora haya entrado en mi despacho. Te avisaré por el intercom cuando haya sacado al primero por la otra puerta. Pasa entonces la orden de que dos muchachos salgan a buscar al tercer «Continental».

—Sí, señor.

Hadaway regresó junto a Gerardo Burgos, le dijo que lo recibiría en seguida y entró en su despacho. El otro Gerardo Burgos, que estaba de pie junto a una pared, examinando un cuadro, se volvió, con expresión interrogante.

—Perdone que le haya hecho esperar —se disculpó Hadaway—. La verdad es que ha surgido un asunto urgente, por completo imprevisto, y debo atenderlo de inmediato. ¿Le importaría esperar en mi saloncito privado?

—Desde luego que no.

A la derecha del despacho había dos puertas, casi juntas, y Hadaway abrió una de ellas, mostrando un pequeño saloncito amueblado y decorado con seriedad y confort. Esperó a que «Continental» entrase allí, cerró, fue a sentarse ante su mesa, y llamó por el intercomunicador, sin más explicaciones. A los pocos segundos, la puerta frontal del despacho se abrió, empujada por Ralph, y el segundo Gerardo Burgos entró, sonriendo. A una seña de Hadaway se sentó ante la mesa.

—Parece que ha suspendido usted la conferencia —comentó.

—Lo he creído conveniente. Hay que saber distinguir entre los asuntos urgentes y los importantes. No es lo mismo, aunque lo parezca. Bien, señor Burgos, estábamos hablando del agradecimiento del FBI, ¿verdad?

—Verdad —sonrió «Continental».

—Tenga la seguridad de que siempre damos a cada cual lo que se merece. ¿Me permite las listas otra vez?

«Continental» las depositó sobre la mesa, siempre sonriendo.

—Son suyas —dijo.

—Estupendo. Lo que no va a ser estupendo será detener a ochenta y tres ciudadanos estadounidenses acusados de traición a la patria. ¿Tiene usted alguna prueba concreta contra estas personas, aparte de su palabra?

—Me parece que eso es cosa de ustedes, ¿no?

—En cierto modo. Pero comprenda que no podemos detener a ochenta y tres personas por las buenas, señor Burgos.

—Bueno… No sé. Desde luego, podré citar algunas de las actividades de esas personas…

—Aproximadamente, me hago una idea de esas actividades. La pregunta es: ¿está usted dispuesto a testificar contra ellas?

—Claro que sí. Pero lo negarán. Lo negarán todo.

—Por eso le he pedido pruebas concretas. ¿Le conocen ellos a usted?

—He sido siempre muy cauteloso. Los contactos para impartir instrucciones eran siempre indirectos.

—¿Debo entender que ni siquiera conoce usted personalmente a esas ochenta y tres personas?

—En efecto. Utilizaba el teléfono, se concertaba un lugar de entrega de instrucciones y dinero, así como de recogida de informaciones, y eso era todo. Comprenda usted que un agente de mi importancia no podía correr el más pequeño riesgo.

—Claro. Sí… Ha sido usted siempre muy cauteloso, señor Burgos… Un magnífico espía, y, como profesional en el mismo juego, ha merecido mi admiración en múltiples ocasiones. Para el FBI ha sido una especie de… pesadilla. Nosotros… Perdone… —Había zumbado el intercomunicador, y Hadaway admitió la llamada—. Dime, Ralph.

—Ya han salido dos hombres hacia el aeropuerto, señor.

—Ah. Muy bien. Pero para decirme eso…

—Hay algo más, señor —el tono de voz de Ralph era neutro—: adivine a quién tengo en mi despacho.

Clarence Hadaway entornó los ojos, dirigiendo una velocísima mirada a Gerardo Burgos.

—Salgo ahora mismo —dijo.

Cerró la comunicación, se disculpó de nuevo con su visitante, y una vez más apareció en el despacho de su ayudante. Allí, sentado en uno de los sillones, había un hombre como de cuarenta años, mediana estatura, muy bronceado, bigotudo, de mirada impávida. Tenía un portafolios en las manos.

Hadaway se acercó a él, y el hombre se puso en pie.

—Traigo la lista que les anunciaba en mi telegrama —dijo—. Soy «Continental».

* * *

—¡Pero esto es fantástico! —exclamó Ralph—. ¡Tenemos a cuatro hombres, con otras tantas listas, que aseguran ser «Continental»! Hasta ahora, no ha sido posible localizar jamás a ese agente ruso-cubano y, de pronto, tenemos nada menos que cuatro. Los cuatro dicen llamarse Gerardo Burgos y ser «Continental», y los cuatro han entrado en el país utilizando pasaportes falsificados con nombres diferentes: Agapito Lorente, Jesús García, Ramón Sotaras y Braulio Carranza… Cada uno de ellos, una lista, que es diferente a las de los otros tres. En la primera lista, setenta y dos hombres; en la segunda, ochenta y tres; en la tercera, setenta; y en la cuarta, noventa y uno…

—Lo cual suma trescientas dieciséis personas a las que deberíamos acusar de traición a Estados Unidos, evidentemente —murmuró Clarence Hadaway.

—¡Eso es una barbaridad! No podemos hacerlo, señor… ¡La mayor parte de esas personas tienen que ser inocentes! Por todos los demonios…, ¿cuál es el verdadero «Continental», y por tanto, cuál es la verdadera lista?

—Eso sólo lo saben ellos. Y parece que son huesos muy duros de roer. Desde que llegó el último, el que fueron a buscar al aeropuerto, les hemos enfrentado e interrogado, y todos dicen ser el

verdadero Gerardo Burgos, el verdadero «Continental»… Es una gran jugada, Ralph. Llevamos más de seis horas interrogándoles y no hemos conseguido nada… Y dudo mucho que lo consigamos.

—Francamente, señor, no entiendo el alcance de esta jugada.

—Es obvio que los rusos residentes en Cuba se percataron de que el verdadero Gerardo Burgos, o sea, el verdadero «Continental», tenía la intención de pasarse a nosotros… Sí; debieron saber que nos había enviado un telegrama, y, comprendiendo que «Continental» iba a llegar aquí, nos han enviado a tres hombres más diciendo ser «Continental». Con ello consiguen que nosotros no podamos obtener fruto de la verdadera lista de traidores, pues no podemos detener a trescientas dieciséis personas, de las cuales una cuarta parte no tiene nada que ver con este asunto. En cuanto a los verdaderos traidores, habrán sido avisados de que no deben temer nada, y el interrogatorio general no nos revelaría nada, pues todas esas personas negarían ser traidores…

—Quizá los verdaderos traidores quieran escapar, señor…

—No. Eso los delataría irremisiblemente. Nadie hará nada… Ni siquiera nosotros podemos hacer nada, a menos que sepamos cuál es la lista verdadera… Y hasta me pregunto si alguna de estas cuatro listas —las alzó de su mesa— es verdadera.

—¿Qué quiere decir?

—Puede ser todo mentira. Absolutamente todo, Ralph.

—Pero, entonces…, ¿qué pretenden los rusos y los cubanos con esta estúpida jugada?

—No lo sé. Ni soy capaz de imaginarlo. A menos que sea lo que te he dicho antes, o sea, que tengamos al verdadero «Continental», y a tres agentes ruso-cubanos dispuestos a sacrificarse con tal de que nosotros no obtengamos fruto del verdadero. De esos cuatro hombres, uno podría… Sí, adelante.

Había sonado una llamada en la puerta, que se abrió al autorizarlo Hadaway. Un hombre entró con un telegrama, que tendió al jefe del FBI Special Group.

—Acaba de llegar, señor. Y me ha parecido que usted querría verlo en seguida.

Hadaway tomó el telegrama, y lo leyó. Su rostro no se alteró en absoluto. Lo tendió a Ralph, que leyó:

«Dificultades en negocios me impiden abandonar México. *Stop*. Me urge ayuda para solventar dificultades y salir del Stella Maris Hotel de Acapulco. *Stop*. Habitación trescientos diecisiete. *Stop*,

»“Continental”».

Ralph miró con expresión desorbitada a Hadaway.

—¡Por Neptuno…! —aulló—. ¡Otro «Continental»!

—Parece que lo tenemos por quintuplicado —sonrió Clarence Hadaway.

—Pe… pe… ro…, ¡pero esto es inaudito! ¡Hay para volverse loco, vamos!

—Nos lo tomaremos con más filosofía —deslizó Hadaway, muy pensativo—. ¿A quién tenemos libre en el Special Group, Ralph? Claro está, para ir a Acapulco, México. Tiene que hablar español… Mira en el archivo y llama al más adecuado.

Ralph abrió una de las gavetas metálicas, estuvo unos segundos buscando en ellas, y, por fin, se volvió hacia Hadaway, alzando uno de los expedientes, sonriendo ampliamente.

—Disgusto grande para alguien, señor —dijo—: tenemos libre a Ned Collins.

CAPÍTULO PRIMERO

—Sí, señor —asintió el conserje del hotel Stella Maris, de Acapulco —. Aquí está la reserva. Llegó el telegrama anteanoche. El hotel está siempre lleno, pero, tratándose de una sola persona hemos podido arreglarlo… Aunque la habitación no es muy grande, ni…

—Eso no importa —dijo el recién llegado.

—Quizá dentro de un par de días dispongamos de otra mejor, si lo desea. ¿Me permite su pasaporte, señor Collins? Si quiere firmar ya, un botones le acompañará ahora mismo a su habitación; le enviaré luego el pasaporte.

—Muy bien.

Mientras el último cliente llegado al hotel Stella Maris firmaba, el conserje dirigió una mirada brevísima al pasaporte; Edward N. Collins, norteamericano, arquitecto, residente en Atlantic City, Estados Unidos…

Pero mucho más interesante que contemplar el pasaporte resultaba contemplar a su propietario. Era alto, huesudo, con una mandíbula saliente, agresiva, granítica. De ojos claros, entre verde y azul. Sus cabellos eran rubios, largos, y se rizaban apretadamente en la nuca. Vestían sin ostentación, pero la ropa le caía en forma impecable. Un solo vistazo era suficiente para darse cuenta de que el señor Collins tenía clase. Y hablaba el español con toda perfección.

El conserje había hecho una seña a un botones, al cual tendió la llave con la placa del número de la habitación.

—Acompaña al señor Collins a la cuatrocientos quince. Espero que pase usted una agradable estancia en Acapulco, señor Collins.

—Muchas gracias.

—Cualquier información que precise, estamos a su disposición:

excursiones, clubs nocturnos, toros…

—Lo tendré en cuenta. Es usted muy amable —sonrió—. Aunque en realidad, he venido por negocios. En este hotel me está esperando un amigo, el señor Burgos, que si no recuerdo mal su aviso, ocupa la habitación trescientos diecisiete. ¿Quiere confirmármelo, por favor? Quisiera verle cuanto antes.

—Con mucho gusto —el conserje examinó el libro en el que acababa de firmar, y dijo lo que Ned Collins esperaba, pues, naturalmente, ya se las había arreglado para buscar el nombre de Gerardo Burgos…, Es extraño, señor… No está inscrito el señor Burgos.

—Quizá recuerdo mal su número de habitación, pero juraría que en el telegrama que recibí me indicaba la trescientos diecisiete.

—No… Esa *suite* está ocupada por la señorita Flora Santiago. Véalo usted mismo… Vamos a ver si el señor Burgos está en otra… No… No encuentro ese nombre. Voy a mirar en las reservas, si me permite un momento.

—Por supuesto.

Pero en las reservas tampoco estaba el nombre de Gerardo Burgos.

—Está bien, déjelo —sonrió de nuevo Ned Collins—. Quizá haya tenido algún asunto urgente e inesperado que atender en Ciudad México, y llegará en cualquier momento. Cuando esto ocurra, infórmele de mi llegada, por favor.

—Así lo haré, señor Collins.

—Gracias de nuevo. Hasta luego.

El botones le esperaba ya en el ascensor, con la maleta. En el cuarto piso, Ned Collins ocupaba poco después una de las habitaciones pequeñas, lateral, pero desde cuya terraza podía ver el mar. Un clima espléndido, un lugar fantástico para divertirse, pero…

—¿Puedo servirle en algo más, señor?

—No, no… Tenga.

El botones tomó la propina, y dejó solo a Collins, que encendió un cigarrillo y se tendió en una de las tumbonas de la pequeña terraza, de cara al mar. Azul, blanco de espuma, reluciente de sol…, pero él parecía no verlo. En realidad, miraba hacia allí, pero la expresión de sus ojos era difusa, absorta.

Cuando terminó el cigarrillo se puso en pie, y miró su reloj de pulsera. Era la una menos veinte del mediodía.

Fue a su maleta, la abrió, y del doble fondo sacó la funda axilar con correa para el hombro. Se la colocó, examinó la automática, asintió con la cabeza, y tras ponerse de nuevo la chaqueta, salió de la habitación. Descendió al tercer piso, y segundos después se detenía ante la puerta de la *suite* trescientos diecisiete.

Pulsó el timbre.

Y a los pocos segundos, oyó la voz femenina, tensa:

—¿Quién es?

—Ned Collins, de Washington.

La puerta se abrió quizá un par de pulgadas, y parte de un rostro femenino quedó visible. Por el momento, Ned sólo pudo ver un ojo grande, color café, y un mechón de negrísimos cabellos cayendo sobre aquel lado del rostro bronceado de la mujer.

—¿De Washington? —murmuró ella.

—Así es, señorita. Recibimos allá una cita referente a esta *suite*, pero, al parecer, ha habido alguna confusión: se nos decía que aquí encontraríamos al continental señor Gerardo Burgos.

—Pase.

La puerta acabó de abrirse, y Ned Collins entró. La mujer cerró la puerta, y se volvió. Ned vio el pequeño revólver en la mano derecha de la muchacha, pero no fue eso lo que más le impresionó, ni mucho menos.

Estaba ante un verdadero monumento de belleza femenina. Buena estatura, cuerpo armonioso, piel bronceada en un tono dorado oscuro… Y se podía ver muy bien, pues estaba en bikini, seguramente debido al calor. O quizá había estado tomando el sol en la terraza. Impresionante escultura. Aunque quizá más impresionante todavía era su rostro bellísimo, de grandes ojos y boca alargada y llena por el centro. Veintitrés o veinticinco años. Ni uno más. Absolutamente sensacional.

—¿Puede usted demostrarme que viene de Washington? —le apuntaba ella con la pistola al pecho.

—En estos momentos, no. Mi pasaporte ha quedado en la conserjería. Además, oficialmente, mi lugar de procedencia es Atlantic City.

—De todos modos, un pasaporte no significa nada para mí. ¿No

tiene algo más convincente?

—No. Lo siento. En según qué ocasiones, no solemos llevar encima nuestra placa de identificación departamental. Me estoy refiriendo al FBI, naturalmente.

—¿Usted es del FBI?

—En efecto, señorita Santiago.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Está inscrito en el libro del hotel. Lo he visto.

—Ya. Vuélvase, apoye las manos en la pared, y aleje los pies de ella.

Ned Collins obedeció, en silencio, y, aprovechando que ella no podía verle el rostro entonces, sonrió mordazmente mientras la muchacha le cacheaba, hasta encontrar la pistola. Se la quitó, con lo cual, Ned Collins demostró ser muy tolerante.

—Vaya a sentarse en aquel sillón.

Él se volvió, vio el sillón indicado, y fue a sentarse. Ella lo hizo en otro, delante de él, siempre apuntándole con el pequeño revólver, y sosteniendo la pistola del
G-man
en la mano izquierda. Pero era tan hermosa, tan bonita y de aspecto tan dulce que podía dudarse de que fuese capaz de apretar el gatillo.

—Quizá debamos darnos mutuas explicaciones —sugirió Ned.

—Escuchemos primero las suyas, señor Collins.

—Muy bien. He sido enviado aquí para recoger a un hombre llamado Gerardo Burgos, cuyo sobrenombre es «Continental». Este señor envió, primero, un telegrama a la Central del FBI en Washington, y luego, otro telegrama, desde este hotel, haciéndonos comprender con toda claridad que estaba en dificultades. Francamente, señorita Santiago, no se me ocurre nada más que explicar, por el momento. Excepto que soy yo el enviado que debe ayudar al señor Burgos a resolver esas dificultades y llevarle a Washington.

—¿Usted solo?

Por una fracción de segundo, un destello divertido apareció en los claros ojos del
G-man.

—¿Tan difícil es la cosa? —preguntó amablemente.

—Como anticipo, le diré que por el solo hecho de haber entrado aquí, usted ha comenzado a correr un gran riesgo, señor Collins.

—¿Qué clase de peligro?

—De muerte.

—Ah. Bueno, eso entra dentro de mis costumbres. Tengo la impresión de que podré arreglármelas.

—Si está pensando que usted solo es capaz de romper el cerco, olvídelo, señor Collins: son demasiados hombres.

—¿A quiénes se refiere?

—Hay varios hombres en el hotel, y vigilando el exterior… Están esperando que yo salga.

—¿Con qué objeto?

—Matarme.

—¿Por qué?

—Soy la esposa de Gerardo Burgos. De «Continental».

Ned Collins tuvo que hacer un gran esfuerzo para ocultar su desencanto, su tremenda desilusión.

—Entiendo. ¿Y dónde está él?

—No lo sé. Nos separamos en Ciudad México, porque en el último instante nos dimos cuenta de que nos habían descubierto. Él dijo que no quería arriesgarme, y me envió hacia aquí… No tengo ni idea de dónde puede estar él, así que, utilizando el nombre de «Continental», pedí ayuda al FBI. Me pareció que ustedes entenderían.

—Por mi parte, lo entiendo muy bien, señorita… Perdón, señora Burgos. En cuanto a su ayuda, ya ha llegado. Y tengo una muy buena noticia para usted: su marido está en Washington ya, sano y a salvo.

—¡Oh, es maravilloso…! —exclamó ella, quizá un segundo más tarde de lo que requería una total espontaneidad.

Ned Collins sonrió, entornando los ojos.

—Sí… —insistió en un susurro—. Tenemos allí a su marido… y a tres maridos más.

—¿Qué dice? —Respingó Flora Santiago de Burgos.

—Naturalmente, hemos comprendido que es una jugada del espionaje ruso-cubano: se presentaron en la Central del FBI cuatro hombres, con muy poco intervalo de tiempo, asegurando ser cada uno de ellos Gerardo Burgos, el agente comunista «Continental».

—Pero… ¡es imposible! ¡Sólo existe un «Continental»!

—Naturalmente. Por fortuna para el FBI. Pero el hecho cierto es que tenemos cuatro, señora. Cada uno de ellos asegurando ser «Continental», cada uno de ellos con una larga lista de nombres de norteamericanos que han estado trabajando para los servicios estadounidenses traidores a la patria.

—No es cierto, no hay tantos…

—Así lo hemos supuesto. Y eso nos está ocasionando un problema muy grave. Por una parte, no podemos dejar en libertad y sin castigo a setenta u ochenta traidores, por otra parte, no podemos detener a trescientas dieciséis personas, sin una base concluyente. Otra cosa que nos tiene… intrigados y molestos es el hecho de que los ruso-cubanos hayan efectuado esta jugada de enviar a varios «Continental» a Washington, ya que dicha jugada implica que ellos sabían que «Continental» se iba a pasar a Estados Unidos con su información. Y para desconcertarnos, han enviado a tres hombres más.

—Yo identificaré a mi marido, señor Collins.

—Correcto. Pero antes, insisto en mi implícita pregunta anterior: ¿cómo se enteraron los ruso-cubanos de la deserción de su marido?

—Ya le he dicho que en el último instante nos dimos cuenta de que nos habían descubierto.

—Sí, lo recuerdo. ¿Cómo fue?

—Pues… Bueno, Gerardo y yo salimos de La Habana sin que él tuviese que hacerlo por razones de trabajo, y quizá eso les alertó, les hizo desconfiar. Ahora comprendo que cuando llegamos al Aeropuerto Central, de Ciudad México, nos estaban esperando; debieron avisar por teléfono, quizá por radio, o…

—Hay docenas de medio para eso, y no tiene importancia. Les estaban esperando… ¿Qué más?

—Gerardo y yo nos alojamos en el hotel La Paz. Luego, fuimos a poner el telegrama al FBI. Cuando salíamos de allí, vimos a un hombre que Gerardo aseguró conocer como residente de la MVD soviética en Ciudad México. Su nombre es Carlos Peralta. Peralta entró en la oficina de Telégrafos, y comprendimos que dispondría de medios para enterarse del contenido del telegrama que acabábamos de enviar. Nos asustamos. Tomamos un taxi, y Gerardo me dijo que debía separarme de él, huir mientras él procuraba

solucionar aquel contratiempo. Fue inútil que yo me negara, tuve que obedecerle… En una esquina me hizo bajar del taxi, y él siguió en el coche… No sé nada más. Bueno, ahora sé que consiguió llegar a Washington, gracias a usted… ¿Él está bien, señor Collins?

—Pues…, los cuatro están perfectamente —mascullló Collins—. Al parecer, las cosas sucedieron al revés de lo que su marido esperaba: la siguieron a usted, no al taxi en que él escapaba. De modo que él pudo llegar a Washington, y usted… ¿Qué hizo usted?

—Ya convinimos que teníamos que abandonar Ciudad México de inmediato, así que, como llevaba poco dinero encima, tuve que tomar uno de los coches de línea que unen Ciudad México con Acapulco. Al llegar aquí, compré una maleta barata, algunas ropas, y vine a este hotel…, que ni siquiera podré pagar.

—Eso está solucionado —aseguró Ned—. Bueno, yo definiría la situación de este modo: Su marido logra escapar en Ciudad México, y los hombres que iban tras ustedes dos, comprenden el error que han cometido al seguirla a usted; así que, previniendo que «Continental» pueda llegar a Washington con las listas, envían a tres hombres más a la Central del FBI, con listas falsas. Lo cual demuestra que, en efecto, ese sujeto llamado Carlos Peralta pudo leer el telegrama que «Continental» envió al FBI desde Ciudad México. Solucionada esa parte, la siguen a usted, quizá, dispuestos a matarla, como usted teme, y quizá, esperando que «Continental» no haya podido llegar a Washington y que usted se reúna en alguna parte de México con él. Por fortuna, «Continental» está ya a salvo, y, en lo referente a usted, le garantizo que llegará también sana y salva a Washington.

—Son muchos hombres los que…

—Yo me ocuparé de eso. ¿Les conoce usted?

—Sí. Por lo menos a tres de ellos. Uno es Carlos Peralta… Los otros dos no sé cómo se llaman, pero estoy segura de que forman parte del grupo. He aprendido a darme cuenta de estas cosas.

—Bien. Luego me los señalará. Y hablando de identificaciones, ¿tiene usted alguna fotografía de su marido, señora Burgos?

—No. Ya le he dicho que tuve que salir de Ciudad México con lo puesto y unos pocos pesos.

—Ah, sí. Bueno, quizá recuerde usted alguno de estos nombres como uno de los que él solía utilizar durante sus incursiones por

Estados Unidos para dirigir esa red de setenta u ochenta traidores… Vamos a ver: ¿Agapito Lorente?

—No.

—¿Jesús García?

—No.

—¿Braulio Carranza? ¿Ramón Soteras?

—No, no… No sé que haya utilizado nunca ninguno de esos nombres, lo siento. En realidad, comprenda, yo no estaba demasiado enterada de sus actividades.

—Comprendo. Bueno, quizá pueda describírmelo, al menos.

—Oh, sí, claro… Eso sí. Es muy poco más alto que yo, ni gordo ni flaco, ojos negros… Tiene ahora treinta y nueve años.

—Eso quiere decir que le lleva a usted no menos de quince.

—Exactamente quince, sí.

—Bien. En cuanto a su descripción, señora, le diré que encaja en los cuatro hombres que tenemos en Washington… ¿Lleva bigote el señor Burgos?

—Sí.

—Peor que peor. Hay uno con bigote, pero lo mismo puede ser él, que uno de los otros tres, que se ha afeitado el bigote. Si su marido no llevase bigote, habríamos descartado ya a uno. Sí… Los rusos han hecho una admirable jugada. Nos tienen desconcertados. Es decir, ya pasó el desconcierto, pero… no podremos hacer nada hasta que el verdadero «Continental» sea identificado por usted. De modo que nos pondremos cuanto antes camino de Washington… ¿Le parece bien, señora?

—Señor Collins, usted no se da cuenta… ¡No nos dejarán llegar! Y además, tengo… tengo que pasar antes por Los Ángeles.

—¿Por Los Ángeles? ¿Los Ángeles, de California?

—Claro.

—¿Por qué ha de pasar por esa ciudad? Eso nos complicará la ruta, señora.

—Pero tengo que recoger la carta…

—¿Qué carta?

—La que Gerardo envió allí a mi nombre… Bueno, a nombre de Florence Sanders. Estuvimos juntos en un hotel de Los Ángeles hace algún tiempo, como señor y señora Sanders. Gerardo puso unos papeles en un sobre, y los envió a ese hotel de Los Ángeles, a

nombre de Florence Sanders. Teníamos que recogerlos al pasar por allí, o bien, encargar al FBI que consiguiera esa carta.

—¿Qué papeles eran ésos?

—No lo sé. Quizá sean esas listas…, ¿no?

—Los cuatro hombres que se han presentado al FBI llevaban sus propias listas, señora. Todas escritas a máquina.

—Pu… pues no… no sé, no entiendo…

—Bueno, es posible que su marido consiguiese una máquina de escribir durante el viaje, y que escribiese esa lista. Me refiero a su viaje desde Ciudad México a Washington… Me imagino que un hombre como él debe tener una memoria formidable.

—Sí, desde luego. ¡Oh, sí, me ha sorprendido muchísimas veces con detalles de su gran memoria…!

Ned Collins no dijo nada, de momento, estaba mirando muy atentamente a la muchacha, y pensando… Pensando. Había una posibilidad que, al parecer, a ella no se le ocurría. Y quizá fuese mejor así, porque tal posibilidad no le parecía nada alentadora: podía ser que algunos hombres rusos o cubanos hubiesen cazado a «Continental», y le hubiesen matado, y, al no encontrarle encima las listas, habían comprendido que debía tenerlas Flora Santiago de Burgos, o que ella sabía dónde estaban. Por eso, habían hecho dos cosas. Una, enviar a cuatro hombres a Washington, ninguno de los cuales era el auténtico «Continental», con cuatro listas falsas, por si el FBI llegaba a conseguir las verdaderas. Otra, que esperaban conseguir esas listas verdaderas vigilando a Flora Santiago, en cuyo caso, el FBI no podría hacer nada con las listas de los cuatro falsos «Continental», y ellos se quedarían con las verdaderas, de tal modo que el peligro habría desaparecido completamente para los traidores que formaban tan formidable red dentro de Estados Unidos. En cuanto a los cuatro hombres…, ¿qué podía ocurrirles? Prácticamente, nada, ya que, a fin de cuentas, sólo se les podría acusar de haber querido ayudar a Estados Unidos. ¡Qué fantástica jugada…! Había que quitarse el sombrero, desde luego…

—¿Qué está pensando, señor Collins?

El G-man se sobresaltó. Miró a la muchacha, pero en seguida desechó la idea de ponerla al corriente de su teoría respecto a la muerte de su

marido. Había visto a los cuatro hombres en Washington, y ninguno de ellos merecía tan linda esposa, pero… las mujeres tienen sus propios gustos, desconcertantes a veces.

—Estaba pensando —mintió con toda naturalidad— que sí sería en verdad conveniente pasar a recoger esas listas, señora. Quiero decir que, a ser posible, nosotros mismos pasaremos por Los Ángeles… Según entiendo, la carta la está esperando a usted en ese hotel.

—Sí. Ya hay una indicación en el sobre al respecto y se supone que yo estoy a punto de llegar al hotel, y deben retenerla.

—Entiendo. ¿Qué hotel es ése?

—No recuerdo su nombre, ni la calle, ni el número… Pero sabré ir a él cuando estemos en Los Ángeles.

—Oh, vamos… —refunfuñó Ned—. Tiene que recordar esas señas, señora, o de otro modo no habría podido enviar la carta.

—Lo hizo Gerardo. Él es el de la buena memoria, no yo.

Ned Collins frunció el ceño, pero acabó por encoger los hombros.

—Está bien. Voy a mi habitación ahora… La cuatrocientos quince, por si se le ofrece algo. Estaré allí pensando en el modo de salir de este pequeño apuro.

—¿No piensa pedir ayuda a Ciudad México?

—¿A Ciudad México? —se sorprendió Ned.

—Me consta que el FBI tiene allá lo que ustedes llaman una *post*-liaison, una… sucursal, o algo parecido. Lo sé porque Gerardo insinuó la posibilidad de recurrir a esos agentes para que nos ayudasen.

—¿Y por qué no recurrió a ellos?

—Quizá pensó que la *post*-liaison estaría vigilada.

—Ah. Sí, claro, muy precavido. No, señora Bureos, no voy a pedir ayuda a mis compañeros de la *post*-liaison, y le diré por qué no quiero meterlos en líos. Y si es cierto que hay varios hombres cerca de usted, dispuestos a vigilarla vaya a donde vaya, o a matarla, le aseguro que habrá líos. Y grandes.

—Pero nosotros solos no podremos escapar…

—Si me devuelve mi pistola tendremos más posibilidades. En cuanto a su revólver, me parece una excelente idea que lo tenga siempre a mano. Aunque debería ponerse otras ropas que le

permitieran esconderlo en ellas. ¿O sólo tiene el bikini?

—Pude comprar una falda, una blusa, y tengo también la ropa que llevaba en Ciudad México cuando tuve que escapar sola.

Ned Collins recuperó su automática, la guardó, y sacó un rollo de billetes mexicanos, separando una buena parte, que tendió a la muchacha.

—No se le ocurra pagar la cuenta del hotel, por ahora. Pero esta tarde, baje al vestíbulo, y cómprese un vestido de noche en la *boutique* que he visto allí. Está invitada a cenar.

—¿A cenar? No conozco a nadie en Acapulco…

—Me conoce a mí. ¿Conoce algún buen sitio donde podamos ir a cenar tranquilamente?

—Usted… debe estar bromeando, señor Collins…

—No.

—Yo no conozco ningún sitio… No he salido del hotel desde que llegué, o poco menos, pues en seguida me di cuenta de que Carlos Peralta y los otros me habían seguido… El telegrama me lo puso un botones. Me he sentido en todo momento como prisionera en esta *suite*, temo salir…

—Es natural Pero usted, haga lo que le he dicho, señora, y ya verá cómo arreglamos este asunto. ¿Le parece bien a las siete?

—Pues… Sí, sí, claro…

—Procure parecer lo más tranquila posible. Hasta luego, señora Burgos.

—Se dirigió a la puerta, y ella fue tras él. Ned Collins se volvió, fruncido el ceño.

—¿No han intentado esos hombres acercarse a usted en ningún momento, señora?

—No. Creo…, creo que no se atreverán a hacer nada mientras esté en el hotel.

—Es posible; eso, además de estar esperando que usted pueda llevarlos hasta donde están esas listas. Si tanto saben, quizá se dieron cuenta también de la maniobra de ustedes de enviar la carta, pero como no saben su destino, esperan que usted los lleve hasta ella. Apuesto a que mientras nosotros vamos a cenar, ellos vendrán a registrar esta *suite*: usted no les ha dado esa oportunidad, hasta ahora, y la aprovecharán en el acto. Mejor. Así, tendrán que separarse en dos grupos. Y a menos gente, menos riesgo.

—Señor Collins —las manos de ella se crisparon en los brazos del G-man —, estoy muy asustada… Tengo tanto miedo que…, que no sé qué hacer…

—Deje que yo haga las cosas y no se preocupe. Todo saldrá bien.

—Tiene que sacarme de aquí… ¡Por favor, tiene que sacarme de aquí…! —Flora Santiago se había abrazado con fuerza al G-man, que comenzó a sentirse no poco inquieto—. Yo haré lo que usted diga, pero aléjeme de esos hombres, se lo suplico…

—Siempre termino mis trabajos, señora.

—Gracias… Gracias, señor Collins… Usted es…, es… —De pronto, Flora le echó los brazos al cuello, y se apretó desesperadamente contra él, besándole en los labios, con fuerza, largamente—. Gracias, señor Collins, gracias… —murmuró luego, por fin.

—De nada, señora Burgos.

El G-man se apresuró a salir de la habitación. Todavía sentía contra su pecho el calor del de Flora Santiago, y en sus labios el sabor de los de ella; además, la cabeza le daba vueltas, y la sangre parecía circular, ardiendo, a velocidad desconocida por todo su cuerpo, dando unos latidos fuertes en las sienes y en el corazón… Y además de todo esto, Ned Collins tenía incrustado en su olfato aquel olor fresco, limpio, juvenil, que brotaba del cuerpo de Flora Santiago.

Cuando se dejó caer en una butaca de su habitación, todavía estaba tan alterado que tardó casi dos minutos en ordenar sus pensamientos hacia lo que interesaba.

—También es mala suerte… —masculló—. Y, claro, nada de líos con una mujer casada, cuyo marido, además, está en la Central… O quizá no, porque los cuatro no valen un pito para ella. ¿A que sí han matado al verdadero «Continental», y ella ha quedado viuda…? Vaya… Ahora comprendo que haya tipos que se casan con viudas…

CAPÍTULO II

Viuda o no, la belleza de Flora Santiago restalló de tal modo ante los ojos de Ned Collins cuando ella abrid la puerta de la habitación que el G-man volvió a sentir aquella especie de vértigo. Se había comprado el vestido de noche, desde luego. Un vestido rojo, escotadísimo, de falda corta, con graciosos volantitos en el borde. Ya se había peinado recogiendo sus largos cabellos en la nuca, de modo que podía verse en toda su esbeltez la dorada garganta, el largo cuello perfecto, como de mármol color oro.

—Veo que ya está lista —acertó a murmurar Ned.

—He querido ser puntual —sonrió ella, al parecer un poco sofocada—. Pase, señor Collins.

El G-man entró, y ella cerró la puerta. Se quedó mirando la flor metida en la cajita de celofán que él le tendía.

—Es sólo una gardenia —murmuró Ned—. Pero hay que hacer las cosas bien, señora.

—Gracias —bajó ella la mirada, ruborizada—. Me la pondré ahora mismo. Pero, señor Collins, temo que… Bueno, no quisiera que lo de antes le hiciera pensar… Estaba tan asustada que…

—Ya está olvidado —mintió Ned Collins, con la sensación de que estaba tragando una bola de algo muy amargo—. Comprendí muy bien su estado de ánimo. ¿Ha vuelto a ver a esos hombres?

—Sí. Me estuvieron vigilando mientras compraba, el vestido… Nos verán. Hagamos lo que hagamos, nos verán.

—Eso espero. Si se prende la flor, nos pondremos en marcha,

señora Burgos. Mmm… No piense que pretendo abusar de la situación, pero quisiera que usted entendiese que, para todos, esto va a ser… una especie de pequeña aventura… cariñosa. ¿Comprende?

—No muy bien —le miraba ella con los ojos muy abiertos.

—Bueno… Va a parecer que nos hemos conocido, que hemos simpatizado, y que salimos juntos a divertirnos, muy contentos el uno del otro. Esto tiene que parecer… un flechazo, o algo así, señora.

—Oh… Pe… pero no vamos a… a poder engañar a Peralta y a sus amigos, señor Collins.

—No se trata de engañarlos a ellos, sino de que parezca lo que le he dicho. A nadie le importan nuestros asuntos, señora Burgos.

—Creo que entiendo ahora. Me pondré la flor. Un momento…

Fue al dormitorio, y regresó poco después. La flor destacaba en el borde de su escote de un modo tan sugestivo que durante unos segundos el G-man se quedó sin aliento. Ella sonrió tímidamente.

—¿Adónde vamos ahora?

—¿Eh…? Oh; a cenar… He pedido consejo al conserje, y me ha indicado un lugar que será muy apropiado. Está en la playa, cerca de las rocas donde los nativos hacen esos clavados tan espeluznantes. ¿Lo ha visto alguna vez?

—No.

—Se lanzan al agua desde las rocas, situadas a una altura impresionante… Bien, será mejor que salgamos ya.

—¿Iremos a ver los clavados?

—Temo que no dispondremos de tiempo para eso. ¿Lleva usted su revólver?

—Sí, sí.

—Pues… Bueno… ¿Dónde?

—Lo llevo, señor Collins.

—De acuerdo. He pedido un taxi, que ya debe estar esperando. Permítame…

Abrió la puerta, y ella salió. Le entregó la llave, y Ned cerró. Luego, abajo, entregó juntas ambas llaves al conserje, que sólo sonrió con cierta malicia cuando estuvieron ambos de espaldas,

caminando hacia la salida.

Afuera, en efecto, les estaba esperando un taxi, y Collins dio la indicación.

—Restaurante Clavados.

—Sí, señor.

El taxi se puso en marcha, y Flora se inclinó hacia Ned, que volvió a notar el calor del cuerpo femenino… No le estaba gustando nada aquella misión… Absolutamente nada, porque lo que más detestaba, como agente del FBI, era complicarse la vida con asuntos que pudieran convertirse en personales. Aunque si había quedado viuda…

—Carlos Peralta era el del traje claro y bigotes caídos en punta… —susurró ella—. ¿Se ha fijado en él?

—Sí. ¿Cuántos más ha visto?

—Tres más. Pero me consta que son por lo menos cinco.

El G-man asintió con la cabeza, y se volvió, mirando por el cristal zaguero. Una dura mueca apareció en su boca al ver el coche que les seguía. Al volante, pudo distinguir al hombre del traje claro y los bigotes caídos: Carlos Peralta. A su lado, había otro hombre. Y posiblemente, detrás, fuese otro, o quizá dos. Aunque si eran cinco, lo más probable es que dos hubiesen subido a registrar su habitación y la de Flora.

—Sobre todo, señora Burgos, procure dominarse, y haga en todo momento lo que yo le diga.

—Lo… lo intentaré. Pero no sé qué pretende usted con todo esto, señor Collins.

—Está bien, claro, salir esta misma noche hacia Los Ángeles.

—¡Pero ellos…!

—Ellos se quedarán aquí. No olvide usted ese lema dice: divide y vencerás. Por el momento, nos hemos dejado atrás a dos de ellos, removiendo cosas en nuestras habitaciones. Pero habrá que volver a hacer otra… división.

—Señor Collins, yo… yo no le entiendo, pero —ella le puso una manita sobre una de él—, pero estoy segura de que hará en todo momento lo más conveniente.

—¿Le importa que fume? —Gruñó Ned, retirando la mano.

—No —se sorprendió ella—. Claro que no.

—Pues voy a fumar.

La miró de reojo mientras encendía el cigarrillo. Ella le miraba todavía como desconcertada. Pero, apenas hubo encendido el cigarrillo, se lo quitó de los labios, llevándolo a los suyos.

—A mí también me gusta fumar —sonrió, expeliendo la primera bocanada de humo.

—Perdone… —farfulló Ned—. Debí pensar en ello.

Encendió otro cigarrillo, volviendo a mirar de reojo a la muchacha, que le contemplaba ahora con una leve sonrisita en los preciosos labios… Sí, señor, eran preciosos. Y tan dulces…

—Se va a quemar la nariz, señor Collins; yo creo que el cigarrillo ya está encendido.

Ned dejó de chupar, respingando, y apagó el encendedor.

—Sí… —masculló—. Estaba distraído… Pensaba.

—¿En qué?

—En sus… problemas.

—¿Mis problemas? Entiendo que usted va a solucionarlos, y que va a llevarme a reunirme con Gerardo.

—Desde luego. Y precisamente en él estaba pensando… Quizá surjan complicaciones, señora Burgos.

—¿Con respecto a Gerardo?

—Sí. Como usted comprenderá, vamos a ser de lo más… amables y tolerantes con él, habida cuenta del gran servicio que va a prestarnos, pero… Bien, como es lógico, tendremos que someterle durante días y días a un intenso interrogatorio de lo más directo…

—¿Eso que llaman el tercer grado?

—Quizá.

—Pero yo…, yo tengo entendido que ustedes, los norteamericanos, no…, no hacen esa clase de cosas. Gerardo estaba seguro de que no le iban a…

—Mire, señora, en estos momentos hay cuatro sujetos en Washington que juran y juran ser Gerardo Burgos. Cada uno de ellos debe estar siendo presionado… adecuadamente en estos momentos, pero tengo la seguridad de que ellos ya habrán previsto esa contingencia. Ocurrirá en determinado momento, uno confesará no ser Gerardo Burgos, pero, al mismo tiempo, o poco después, los demás dirán lo mismo…, con lo cual nos quedaremos igual que

antes, es decir, como si los cuatro siguieran asegurando ser su marido. De un modo u otro, nosotros no podremos estar seguros de la verdad en ningún momento…

—Hasta que yo llegue.

—Sí, claro. Y a eso me refería. Usted identificará a su marido, nosotros sabremos la verdad, y entonces nos dedicaremos de lleno a él. Hay muchas cosas que él tendrá que afrontar. Y, francamente, si él tuvo algo que ver con algunas muertes de…

—¡No! —exclamó Flora, sobresaltada—. ¡Eso no, señor Collins! ¡Gerardo nunca…!

—Por favor, baje la voz.

—Gerardo nunca ha matado a nadie… ¡Se lo juro!

—Usted no puede estar segura de eso, señora.

—Sí, lo estoy… ¡Oh, Dios mío, lo estoy…! Hace casi diez años que me casé con él, y…

—¿Cuántos? —Respingó Ned.

—Diez años… Yo tenía quince entonces, señor Collins. Bueno, usted sabe que el clima condiciona el desarrollo de las personas… Quiero decir que en Cuba, una niña se convierte ya en mujer mucho antes de los quince años. A veces, a los nueve o diez… A los quince años, yo era ya mujer hacía mucho tiempo, y… Bueno, no es nada extraordinario que una mujer de quince años se case, señor Collins. Ésa, por otra parte, es una edad muy… sensible. Todo deja huella en nosotras, todo nos impresión…, y tenemos una especie de intuición para conocer a los hombres. Los hay de todas clases, y nosotros sabemos distinguirlos. Si a esto añade usted diez años de convivencia íntima con un hombre, comprenderá que no puedo equivocarme respecto a Gerardo.

—Celebraría que fuese así, señora —murmuró Ned—. En estos casos de cambio de bando, suele perdonarse todo. O casi todo, ya que cuando ha habido alguna muerte…

Ella le interrumpió:

—¿Usted cree que «Continental» se habría pasado a ustedes si hubiese cometido alguna muerte?

—¿Eso es lo que piensa de mí?

—Pues sí… Naturalmente. De otro modo, no lo diría.

—¿Y qué más? Ya que tanto conoce a los hombres, dígame: ¿cómo soy yo?

Flora Santiago se quedó mirándole, sonriente.

—Es inteligente, educado, culto, decidido y serio. Y sobre todo, grato de tratar, ya se lo he dicho.

—Bueno —sonrió ampliamente Ned Collins, como lo haría un lobo ante un corderillo que busca su amistad. Es muy inteligente su definición, señora Burgos.

—¿Me he equivocado, quizá?

Ned Collins volvió a mirar hacia atrás. Desde luego, el coche con Peralta y los otros dos o tres sujetos seguía tras ellos.

—No sé —replicó él—. Pero sí estoy seguro de que no todas las personas formarán tan buena opinión de mí como usted, señora. Creo que estamos llegando…

Segundos después, en efecto, el taxi se detenía ante el restaurante Clavados, situado en la playa, muy cerca de las formaciones rocosas que se veían a la derecha. Apenas eran la siete y media, de modo que todavía lucia si sol, aunque ya rojo, sobre el mar.

Ned pagó al taxista, dio una propina al empleado que acudió a abrirles la portezuela, y entraron en el restaurante. Había unas grandes cristaleras cara al mar, y todo el comedor estaba adornado con plantas y palmeras. Más allá, cerca de la orilla del mar, más y más palmeras, meciéndose a la suave brisa marina. A la derecha del comedor había una amplia terraza elevada y descubierta, salpicada de parasoles listados de colores.

—¿Qué tal si tomamos antes un aperitivo en la terraza, contemplando el mar? —propuso Ned.

—Como guste —murmuró ella—. Parece que usted esté empeñado en que nos vean bien, señor Collins.

—Ésa es la idea, en efecto —sonrió él.

El encargado del comedor acudió a atenderles, y Ned le expuso su deseo de tomar antes de la cena un aperitivo en la terraza. El hombre asintió, los acompañó hasta allí, y, mientras iba a encargar el aperitivo dejó en manos de Ned una carta, que el
G-man
pasó a la muchacha.

—Cenaremos a su gusto, señora Burgos.

Ella aceptó sin comentarios, y se dedicó a estudiar la carta, mientras Ned encendía un cigarrillo y miraba con indiferencia

alrededor. En efecto, allá estaba el tipo que había ido sentado junto a Carlos Peralta en el coche. Había ocupado una mesa bastante alejada, y, aparentemente, ni se había dado cuenta de la presencia de ellos.

Les sirvieron los aperitivos, y tomaron pedido de la cena. Cuando quedaron solos, Flora susurró:

—¿Se ha dado cuenta de que uno de…?

—Olvídese de todo, señora Burgos. Se está bien aquí Yo diría que estupendamente.

—Quizá le he juzgado mal antes, señor Collins: es usted mucho más frío de lo que parece.

—Debo tener algún ascendiente esquimal. Recuerde lo que le dije antes: naturalidad. No se asombre por nada que yo haga, no pregunte nada… ¿Está claro?

—Sí.

—Estupendo. Ahora, tomaremos el aperitivo, contemplando la puesta de sol. Luego, iremos a cenar…, y le apuesto cualquier cosa a que en el comedor nos encontraremos con su amigo Peralta.

Así fue, pero ni Flora ni Ned parecieron darse cuenta de la presencia del bigotudo caballero, que estaba acompañado por otro hombre. Tres en total. Muy bien. Todavía no habían terminado de cenar cuando Ned Collins se puso en pie. Flora le miró sorprendida, y más aún cuando él explicó con indiferencia:

—Voy a los lavabos.

Se dirigió hacia allí, sabiendo que Peralta y el otro no le perdían de vista. Cruzó la puerta indicadora, y se encontró en un pasillo. A un lado estaban los servicios para damas, y al otro para caballeros…, pero Ned Collins no entró en uno ni en otro. Caminó hacia el extremo del pasillo, donde había otra puerta, y la abrió. Era un cuarto pequeño lleno de cajones y cajas de botellas. Al fondo había otra puerta, que también cruzó. Sonrió cuando los empleados de la cocina se quedaron mirándole, pero, impávido, salió de la cocina, y por el pasillo, llegó a la parte de atrás del restaurante, la destinada a recepción de viandas y bebidas. Rodeó el edificio hacia la parte frontal, y fue al estacionamiento, donde localizó en pocos segundos el coche de Carlos Peralta.

Con toda tranquilidad, entró en él, sentándose ante el volante, y tocó el claxon, varias veces. Luego, se encogió cuanto pudo en el

asiento, y sacó su pistola.

Exacto.

No habían pasado ni diez segundos, cuando procedente de la terraza descubierta, llegó el amigo de Peralta que les había estado vigilando allí. Con gesto perplejo, abrió la puerta del coche…, y se encontró con la pistola de Ned Collins delante de las narices.

—Tal como está —dijo el G-man—, ponga las manos en la nuca. Sólo eso. Luego, entre en el coche.

El hombre obedeció en todo, un poco pálido. Ned se desplazó, y el otro ocupó su asiento ante el volante, aunque Ned no pensaba utilizarlo como chófer. Antes de que el amigo de Peralta tuviese tiempo a empezar a preocuparse por su molesta situación, el G-man le golpeó con la pistola en un lado de la cabeza.

En el sitio preciso, exacto.

El hombre se desplomó sobre el volante, fulminado. Ned le asió por los cabellos, echándole hacia atrás, y puso entonces dos dedos en su garganta. Estaba vivo, lo cual le complacía, ya que no era forzoso ir dejando una pista de cadáveres tras ellos.

Salió del coche por la otra portezuela, tirando del individuo por el cuello de la chaqueta. Le dejó arrugado a los pies del asiento, cerró la portezuela, y regresó al comedor siguiendo el mismo camino a la inversa, sonriendo a los empleados de la cocina, que comenzaron a mirarle con verdadera curiosidad.

En pocos segundos estuvo de nuevo en el comedor, ante Flora Santiago, que se quedó mirándole expectante.

—Hemos terminado de cenar —dijo él—: Vámonos.

—Pero…

—Vámonos.

Ella se puso en pie, y él dejó unos billetes sobre la mesa. La tomó del brazo, y se dirigieron hacia los lavabos. Cruzaron la primera puerta, y Ned se colocó a un lado, mientras señalaba la de los servicios para damas a Flora, Ella fue hacia allí, empujó la puerta…, y en aquel momento se abría la primera, dejando paso a Peralta y a su amigo del comedor, que les seguía precipitadamente, tal como había previsto el G-man.

Al parecer, el único personaje que no se sorprendió en aquella situación, fue Ned Collins. Sin miramiento de ninguna clase, descargó un golpe de canto en un lado del cuello de Peralta, fulminándolo contra el suelo sin apelación. El otro respingó fuertemente, llevó su imano derecha al interior de la chaqueta, comenzó a retroceder…

La mano derecha de Ned Collins apretó la del otro, por encima de la ropa, contra el pecho, impidiéndole moverla. La mano izquierda se hundió en el estómago del hombre, que lanzó un gemido y se dobló, demudado el rostro…, donde recibió, en plena barbilla, un gancho que lo tiró de espaldas, quedando inmóvil, sin más.

El G-man sacudió la mano, mirando con el ceño fruncido a Flora Santiago.

—¿Cree que ellos pueden llevar algo interesante encima? —preguntó.

Ante la puerta del servicio para damas, Flora Santiago no acertó a responder, contemplando estupefacta al agente del FBI, que tan limpia y discretamente acababa de desembarazarse de dos sujetos cuya peligrosidad debía estar fuera de toda duda.

—No sé… Supongo que no —musitó por fin.

—Se equivoca. Cuando menos, Peralta debe llevarlas llaves del coche.

Se inclinó sobre él, encontró en seguida las llaves, y se incorporó.

—Venga —dijo—: le enseñaré la cocina de palacio.

Cuando pasaron por la cocina, los empleados comenzaron a mosquearse, pero Collins volvió a sonreírles, encogió los hombros como pidiendo disculpas, y, llevando de un brazo a Flora, salió al pasillo, y luego a la parte de atrás del restaurante.

—Espero que sean gente precavida, y que tengan el depósito de la gasolina bien lleno.

Flora Santiago parecía caminar en sueños. Llegaron al coche, Ned lo abrió, asió al hombre desvanecido por el cuello de la chaqueta, y lo sacó, dejándolo tirado de cualquier manera en el suelo de tierra batida y regada. Luego, miró a Flora, que lo contemplaba cada vez más estupefacta.

—Vamos, entre —masculló el G-man—. No es un «Cadillac», pero nos servirá.

Cerró la portezuela cuando ella hubo entrado, fue a colocarse ante el volante, y arrancó, abandonando el estacionamiento.

—Si tenemos que pasar por Los Ángeles, creo que lo mejor será recurrir al avión, ¿no le parece? Hay cuatro mil kilómetros, o algo así de aquí allá, y en su coche me parece un viaje demasiado largo…, y peligroso. No estamos de turismo.

—Pues usted sí parece que esté de turismo… ¿Cómo ha podido hacer eso con tanta facilidad?

—Me parece que le está dando usted demasiada importancia. En mi opinión, deberíamos dirigirnos hacia Guadalajara, y allá tomar un avión, alquilar una avioneta… Algo así.

—Guadalajara está más lejos que Ciudad México.

—Ya lo sé. Y su amigo Peralta también lo sabe, supongo.

—¿Espera que él salga detrás de nosotros hacia Ciudad México?

—Depende de lo listo que sea. Espero que no se haya quedado con apetito, señora Burgos.

—No sé qué decirle.

—Podemos parar más adelante, para adquirir unos bocadillos y llenar el depósito. Mientras tanto, vaya haciéndose a la idea de pasar una noche poco divertida. Si no recuerdo mal, hay unos quinientos kilómetros de aquí a Guadalajara. No va a ser un viaje cómodo me temo.

De pronto, Flora se echó a reír.

—¡Es usted formidable! —exclamó—. Acaba de dejar atrás a cinco hombres peligrosos que trabajan para el espionaje ruso-cubano, y se preocupa por la noche que yo pueda pasar.

—Genialidades mías… —sonrió Ned—. Pero la verdad es que la noche no me preocupa demasiado. Si ese Peralta es en verdad un espía residente en Ciudad México, debe disponer de muchos recursos, y, a menos que sea tonto, cosa qué debemos dudar, mucho me temo que por la mañana nos enteraremos… A menos que lleguemos a Guadalajara antes del amanecer.

CAPÍTULO III

Pero al amanecer, todavía les quedaban no menos de cincuenta kilómetros para llegar a Guadalajara, según los cálculos efectuados por Ned Collins, tomando como base el tiempo que había transcurrido desde que dejaron atrás Ciudad Guzmán. El sol rojizo que apareció por encima de las montañas de Anahuac iluminó extrañamente los negros cabellos de Flora Santiago, que dormía recostada contra el agente del FBI y éste parpadeó sobrecogido ante el nuevo aspecto de la extraordinaria belleza de la muchacha.

Durante algunos kilómetros más, estuvo conduciendo mirándola con frecuencia, cada vez más desasosegado y preocupado por los sentimientos que se iban afianzando en él. Ella tenía la boquita entreabierta, y no tuvo más remedio que recordar su beso del día anterior, con una sensación terrible de infelicidad. En cuanto a la esperanza de que Flora hubiese quedado viuda, le parecía brutal por su parte, pero, en el fondo, cada vez estaba más convencido de que así debía haber ocurrido.

Por fuerza tenían que haber cazado a Gerardo Burgos, y la vigilancia que ejercían sobre la mujer indicaba que esperaban algo de ella. Algo que, lógicamente, sólo podía ser las listas de los norteamericanos que trabajaban para los comunistas en Estados Unidos. «Continental» había sido muy precavido al enviar las listas por correo a Los Ángeles, pero eso había colocado a su mujer en una situación peligrosa.

Aunque…, ¿por qué no la habían atacado en la *suite* si creían que ella tenía las listas? ¿O también sabían que habían sido enviadas a algún lugar y…?

Alzó la cabeza, de pronto, y estuvo escuchando unos segundos. Luego, paró el coche y apagó el motor. Entonces, con toda claridad,

llegó hasta él el rumor de un helicóptero. Volvió a mirar a Flora, y se pasó la lengua por los labios. Mala suerte. Pero, con aquel coche y aquellas carreteras, no había podido correr más. Ojalá se estuviese equivocando, pero…

—Flora… —llamó—. Señora Burgos.

La muchacha abrió los ojos, y se incorporó sobresaltada, mirándolo.

—¿Qué… qué ocurre?

—Quizá nada, pero no podemos confiamos. Hay un helicóptero por aquí cerca. Si nos están buscando a nosotros, no tardarán en localizarnos: saben que tenemos que ir forzosamente por carretera… Tendremos que dejar el coche, o nos acribillarán.

—¿Qué podemos hacer?

Ned pensó en la posibilidad que él mismo había expuesto respecto a ser acribillados desde un helicóptero, y la idea no le hizo ninguna gracia. Encogió los hombros con gesto hosco, encendió de nuevo el motor, y sacó el coche de la carretera, hacia unos árboles casi pelados. Frenó bajo ellos, volvió a parar el motor y se apeó, mirando hacia el cielo…

—¡Salga! —exclamó—. ¡De prisa!

Flora tuvo el tiempo justo de salir y ser derribada por el
G-man
entre unos arbustos. Cayeron los dos: abrazados, arañándose las manos y la cara contra la áspera vegetación…, mientras por encima del coche pasaba, casi de inmediato, el helicóptero, que siguió hacia el Norte.

—No se mueva —advirtió Ned, reteniéndola por la cintura contra los hirientes matorrales—. Si son ellos volverán, pues tienen que haber visto el coche…

En efecto, el helicóptero estaba dando la vuelta, y de nuevo pasó por encima de ellos, disminuyendo la velocidad. Flora tocó en una mano a Ned.

—Me… me estoy clavando… algo en el vientre…

Ned asintió con la cabeza, esperó a que el helicóptero se alejase al máximo antes de emprender de nuevo la vuelta, y se puso de rodillas, ayudando a la muchacha a hacer lo mismo. Dirigió una hosca mirada a la rama rota que había desgarrado el vestido de noche de ella, y tragó saliva al ver la mancha de sangre a la altura

del vientre.

—Venga conmigo…, ¡sin incorporarse del todo!

Tiró de ella hacia unos matorrales más espesos, con las desastrosas consecuencias lógicas; el vestido de Flora Santiago comenzó a parecer un montón de andrajos, pero, al menos allí estaba seguro de que no podían verles desde el helicóptero… Ni desde tierra, cuando se acercasen al coche, pues naturalmente querrían echarle un vistazo.

¿Qué pensarían al ver el coche vacío? Podían pensar que lo habían abandonado y que habían seguido con otro vehículo hacia Guadalajara, para borrar su pista, Pero, también podían pensar lo que realmente había sucedido; esto es, que habían oído el helicóptero y habían salido del coche para esconderse por allí cerca…

—Van a aterrizar —tartamudeó Flora.

—¿Sabe usted pilotar un helicóptero?

—No… No.

—¿No…, o sí? —Frunció el ceño Ned.

—No. Bueno, una vez estuve en uno con Gerardo, y… No sé. Quizá podría hacerlo. El me lo explicó muy bien… —Flora se quedó mirándolo con extraña expresión—. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Se atreve a pilotarlo? Sí o no, señora Burgos.

—Pues…, sí.

—Intentaré atraerlos detrás mío si aterrizan. Usted sólo tiene que correr al helicóptero, subir a él, y marcharse. Tenga, es todo el dinero que llevo encima. Si consigue llegar con el helicóptero a Guadalajara, o a cualquier otro lugar donde haya aviones, tome pasaje para Los Ángeles, o para donde sea, y, si no consigue solucionar el apuro, pues ya sabe el truco: otro telegrama al FBI.

—Pe… pero…, ¿qué…, qué va a hacer usted…?

—Ya se lo he dicho: intentaré atraerlos tras de mí, hacia las montañas. Si deciden perseguirme en el helicóptero, mala suerte. Pero si se lanzan como una jauría a pie tras mis talones, usted vaya al helicóptero.

—Pero si hace eso van… a matarlo…

Ned Collins se quedó mirándola fijamente.

—Adiós, señora Burgos… —sonrió—. Ha sido muy agradable conocerla.

Eso fue todo. Ni siquiera le tendió la mano. Se apartó de ella, deslizándose por entre los arbustos, mientras el helicóptero tomaba ya tierra junto al abandonado coche. Las aspas dejaron de girar, e inmediatamente tres hombres saltaron del aparato, pistola en mano, corriendo hacia el coche. Le echaron un breve vistazo y regresaron junto al helicóptero, en el cual había quedado otro hombre. Uno de los de tierra le dijo algo, pero Ned no pudo entenderlo; las voces llegaban como un rumor apagado, eso era todo.

Luego, el silencio. Los tres hombres esperaban junto al aparato. Por fin, el que se había quedado en él saltó también a tierra… De nuevo el sonido ininteligible de las voces llegó hasta el agente del FBI, que siguió deslizándose por entre los matorrales, hasta que consideró suficiente la distancia.

Se volvió entonces, lleno de arañazos por todas partes. Los cuatro hombres parecían dudar, miraban hacia todos lados… Uno de ellos señalaba en dirección a Guadalajara, y otro lo hacía precisamente hacia las montañas; estaban haciendo cábalas, respecto al camino que podían haber seguido Flora y él.

«Bueno —pensó—, vamos a sacarlos de dudas».

Se incorporó a medias, y se desplazó hacia otros matorrales cercanos. Toda su actitud indicaba que no quería ser visto, pero precisamente deseaba todo lo contrario… Y sus deseos se vieron cumplidos. Oyó, siempre lejana, la exclamación. Volvió la cabeza, vio a tres de los hombres corriendo hacia él, y entonces ya no disimuló más: se irguió por completo y echó a correr a toda velocidad monte arriba, hacia la cercana cresta.

Aún no había llegado a ella cuando, en varios puntos junto a sus pies la tierra comenzó a salpicar en surtidores violentos, y por encima de su cabeza, y a los lados, las balas chascaron perforando el aire. Parecían trallazos en la calma soleada del amanecer.

En cambio, no se oían los disparos, es decir, que todos llevaban silenciador en la pistola… Muy conveniente. Al parecer, todas sus dudas respecto a lo que debían hacer, habían desaparecido, y, de mantenerse a la expectativa vigilando a Flora, habían pasado a un ataque decidido. Por lo menos, en cuanto a él se refería parecía que no tenían inconveniente en matarlo…

Y la súbita idea que provocó en él este último pensamiento casi le obligó a detenerse en seco: ¿habían decidido también matar a

Flora de una vez, en lugar de seguir vigilándola?

Rebasó la cresta del pequeño monte, que por el otro lado también estaba lleno de matorrales, y, sin vacilar, se lanzó de cabeza en el más espeso de ellos, respingando cuando las agudas espinas llegaron a su carne destrozando aún más sus ropas. Crispado el rostro, se revolvió entre las ramas, alzando la mano armada con la automática, apuntando hacia la cresta.

En pocos segundos, aparecieron los tres hombres, separados, mirando hacia todos lados vivamente. La mano izquierda del G-man encontró una piedra, y la tiró hacia atrás y hacia su izquierda, por encima de los matorrales que lo ocultaban. Y entonces, esta vez, sí oyó los disparos, amortiguados, apenas unos chasquidos. Al mismo tiempo que los tres hombres disparaban hacia los matorrales donde había caído la piedra, rebasaban la cresta, acercándose más a aquel lugar, deslizándose sobre los pies por la tierra, como esquiando a pie limpio.

En un instante, llenaron de balas los matorrales, mientras Ned Collins, prietas las mandíbulas, comprendiendo que ya no estaban jugando a vigilarle, apretaba a su vez el gatillo de la automática.

Sus disparos sí se oyeron con toda claridad, como cañonazos en el silencioso lugar agreste.

Uno de los hombres lanzó un alarido, alzó bruscamente los brazos soltando la pistola, y cayó de espaldas, en la cual postura, siguió deslizándose hacia abajo, pero ya muerto, hasta que quedó frenado por unos matorrales. Los otros dos se revolvieron hacia el lugar donde había sonado el disparo, pero Ned Collins ya estaba disparando por segunda vez, y el segundo hombre también gritó, se llevó las manos al pecho, y cayó hacia delante, de bruces, sobre unos matorrales.

El tercero había tenido tiempo de reponerse en buena parte de la sorpresa, y ya estaba disparando contra Ned, que giró hacia un lado tras notar el impacto de uno de los plomos en un hombro, muy arriba.

Sangrando por la herida y por los arañazos, el G-man se arrastró fuera de los matorrales, mientras el otro seguía disparando… Y de pronto, en lugar de los chasquidos del

silenciador, un sonido diferente llegó nítido a oídos del hombre del FBI: clic, clic, clic…

Se incorporó de un brinco y su pistola apuntó al hombre, que estaba metiendo la mano izquierda en un bolsillo, en busca de un nuevo cargador para su pistola.

—¡Quieto! —gritó Ned—. ¡No se mueva!

El hombre vaciló un instante, pareció que fuese a tirarse hacia un lado, pero, finalmente, quedó inmóvil, con la mano todavía metida en el bolsillo y la otra sosteniendo hacia abajo la pistola.

—Deje caer la pistola y venga hacia aquí —ordenó Ned.

Lo estaba viendo perfectamente, como si la distancia fuese mucho menor de los reales treinta metros que los separaban. Lo vio pasarse la lengua por los labios, vacilar de nuevo… Después, soltó la pistola, y comenzó a bajar hacia Ned, que lo contemplaba con dura fijeza… Cuando lo tuvo ante él, se sintió tentado de interrogarlo, pero de nuevo pensó en Flora, en el hombre que había quedado junto al helicóptero, en las instrucciones que había dado a la muchacha respecto a que fuese hacia el aparato…

—Vuélvase.

El otro obedeció, un poco pálido. En realidad, fue el que tuvo mejor suerte de los tres, pues Ned se limitó a golpearle en la nuca con la pistola, derribándolo sin conocimiento. Se aseguró de que así era, se inclinó hacia él…

¡Bang!, sonó en aquel momento el ahogado estampido de un revólver pequeño.

El G-man alzó vivamente la cabeza, demudado el rostro. Aquel disparo del pequeño revólver de Flora Santiago sólo podía indicar que la muchacha, o bien había decidido atacar al hombre que vigilaba el helicóptero, o bien, se estaba defendiendo del ataque de ese hombre. En ambos casos, su situación no debía ser, ni mucho menos, tranquilizadora.

Así que, despreocupándose por completo de aquel hombre, Ned echó a correr monte arriba, volvió a rebasar la cresta, y, mientras bajaba a toda velocidad, vio a Flora Santiago, saliendo de entre los matorrales. Más allá, junto al helicóptero, el hombre encargado de vigilarlo, estaba caído de bruces en el suelo.

—¡Flora! —llamó Ned—. ¡Ocúltese, puede que sólo esté…!

Su advertencia respecto a lo peligroso que podía resultar todavía aquel hombre si fingía estar muerto y sólo estaba herido, terminó en un sobresaltado grito de espanto cuando la muchacha se volvió hacia él, alzó la mano armada, y disparó. La bala pasó seguramente a menos de una pulgada de la cabeza del G-man, que quedó lívido un instante antes de tirarse de cualquier manera al suelo, de modo que comenzó a rodar hacia abajo, hacia los siguientes matorrales que detuvieron su descenso por fin.

Se puso de rodillas, y atisbó hacia la muchacha, dispuesto a identificarse adecuadamente… Pero Flora Santiago corría ya hacia el helicóptero, con la velocidad y la agilidad de una hermosa gata.

Ned se puso en pie, aullando:

—¡Flora, soy yo, Ned…! ¡Espere!

Echó a correr de nuevo hacia ella, mientras Flora se encaramaba al helicóptero. Desapareció en su interior, mientras el G-man seguía corriendo, entre desconcertado y furioso. Y estaba a la altura del vigilante del helicóptero cuando, desde éste, Flora Santiago volvió a disparar contra él. La bala rozó una pantorrilla de Ned, que lanzó un aullido, y cayó sobre el hombre tendido en el suelo, para, inmediatamente, utilizar el cadáver como protección.

—¡Señora Burgos! —aulló—. ¡Soy Ned Collins!

Durante unos segundos, nada sucedió. Silencio absoluto. Y de pronto, la cabeza de Flora asomó por la puerta del helicóptero.

—¿Ned? —llamó.

El G-man lanzó un suspiro, y se incorporó, guardando la pistola. Comenzó a caminar hacia el helicóptero. Flora saltó del aparato, estuvo un par de segundos mirándolo, y de pronto echó a correr hacia él, terminando por abrazarse a la cintura de Ned, sollozando histéricamente.

—Ned… Ned, ¡lo he matado…! ¡He matado a un hombre, he mat…!

—Cálmese… —dijo Ned con voz ronca—. Tranquilícese, señora Burgos. No me obligue a golpearla, como en las películas.

Ella calló bruscamente. Quedó inmóvil, abrazada todavía a él. Por fin, se limitó a alzar la cabeza, clavando sus bellos ojos color café en los claros del
G-man.

—Está muerto, ¿verdad? —Tembló su voz, aunque ya sin histerismo.

—Sí. Pero piense que si no estuviese muerto él, lo estaría usted. Olvídese de todo esto y vámonos. Utilizaremos el helicóptero: nos será muchísimo más útil que el coche.

—Las llaves del contacto no están. No podremos… ¡Oh, Ned, está usted herido, tiene…!

—Nos ocuparemos luego de eso. Vaya al coche y traiga las dos latas de gasolina de repuesto que compramos esta noche por el camino.

—¿Qué…, qué vamos a hacer…?

—Por el momento, lo que le he dicho. Cargue las latas en el helicóptero.

Casi tuvo que emplear la fuerza para conseguir que la muchacha se soltase de su cintura. A continuación dio media vuelta, regresando hacia la cresta del monte. Sentía la amarga sensación de haber llegado tarde a la vida Por lo menos, a la vida de Flora Santiago. El cuerpo de ella desprendía siempre un calor… dulce. Sí, un calor dulce, eso era. Aún lo notaba.

«Ojalá lo hayan matado», pensó.

Inmediatamente, no sin vergüenza, se arrepintió de aquel pensamiento sobre Gerardo Burgos.

«Tengo que serenarme», se dijo.

Para cuando regresó al helicóptero, lo había conseguido por completo. Mientras Flora traía las dos latas de gasolina, él había encontrado las llaves del helicóptero en el bolsillo de uno de los hombres que había vencido al otro lado del monte, y, al que había golpeado, le quitó los pantalones, la camisa y la chaqueta. Le irían pequeñas esas ropas, pero, al menos, no se verían manchadas de sangre una vez se hubiese hecho una cura de emergencia. En lo cual, al parecer, había pensado Flora, pues había recogido también un pequeño botiquín del coche, viejo y sucio, evidentemente jamás usado.

—¿Ha cargado las latas?

—Sí… Ned, déjeme que le cure esas…

—Luego. Ahora, tenemos que marcharnos de aquí en seguida.

—¿Tiene las llaves del helicóptero?

—Sí. Suba. Yo pilotaré.

Ella parpadeó. Parecía vacilante. De pronto, subió al aparato. Ned lo hizo tras ella, colocó las llaves en la ranura…, y respingó al oír la voz en el aparato:

—Estamos esperando, Amaro… ¿Los habéis cazado?

La mirada del G-man quedó fija en la radio del helicóptero, de donde había brotado la voz de Carlos Peralta. Miró a Flora, que a su vez lo miraba a él con los ojos muy abiertos. Luego, de nuevo miró hacia la radio, de la cual brotaba de nuevo la voz de Peralta:

—¡Amaro! ¿Qué pasa? ¿Los tenéis o no los tenéis? Sólo son dos, y vosotros…

Ned Collins cerró la radio, dio el encendido del aparato, y las aspas comenzaron a girar. En pocos segundos, el helicóptero se elevaba, con monótono trepidar.

—Hay más… —musitó temblorosamente Flora—. ¡Nos están rodeando, aparecerán por todas partes…!

—Quizá debí matar a Peralta y a los otros dos, en el restaurante… —Recapacitó fríamente Ned—. Naturalmente, no podemos extrañarnos de que hayan montado bien el cerco. Ya le dije que si Peralta era residente en Ciudad México debía poder disponer de muchos recursos en poco tiempo.

—¿Qué vamos a hacer? Si vamos a Guadalajara con…

—Ni hablar de eso. Nos buscarán en todos los puntos donde podamos tomar un avión que nos traslade a Estados Unidos, o a otro lugar lejano de aquí… Vamos a ir hacia el mar.

—¡Hacia el mar…! Pero si ellos…

—Me parece que están decididos a matarnos, señora Burgos, así que tenemos que buscar la salida menos lógica, la que ellos crean que jamás utilizaremos… ¿Ha comprendido usted ya que pudo haberme matado antes, señora?

—Me… me asusté… Y no le reconocí, señor Collins…

—Le estuve gritando que era yo. Y no me parece que se me pudiera confundir con esos sujetos.

—Yo… yo… yo… no sé… Sólo vi que… que un hombre gritaba y venía hacia mí… Estaba aturdida, aterrada… El del helicóptero me había visto mientras yo me escondía… No me atreví a salir, y quise esconderme mejor; entonces él me vio, porque al oír los disparos de usted corrí hacia el monte, y estaba muy cerca de mí. Me apuntó con su pistola, y yo disparé… Ned, tiene que perdonarme. Nunca había matado a nadie, nunca…

El helicóptero estaba ya muy alto, volando hacia el mar, hacia el Oeste. Había más de cien kilómetros de distancia, pero, por fortuna, esa distancia tenía muchísima menos importancia para un helicóptero que para un coche. No sólo por la velocidad, sino por poder prescindir de carreteras y caminos… La línea recta es siempre la distancia más corta entre dos puntos…

Y la lógica es la lógica. Sombríamente pensativo, Ned Collins llegó a la conclusión de que era muy difícil que Flora no le hubiese reconocido, por ofuscada que estuviese. Y estaba seguro de que si las llaves del helicóptero hubiesen estado puestas, ella se habría marchado, dejándole allí. ¿Hasta tal punto se dejaba dominar por el miedo la mujer de un espía como el famoso y siempre eficaz «Continental»?

Y otra cosa: ninguno de aquellos cuatro hombres que tenían en la central del FBI en Washington había hecho la menor mención a Flora Santiago, ninguno había dicho estar casado, ni haber dejado a su esposa en Ciudad México en situación más o menos apurada. Esto, lo mismo podía significar que aquellos cuatro hombres podían ser rechazados como «Continental», que… rechazar la posibilidad de que Flora Santiago fuese la esposa del espía ruso-cubano.

Pero, si ella no era la mujer del verdadero «Continental», ¿quién era? ¿Qué estaba tramando?

«No… —rechazó la idea Ned—. Ella tiene que ser lo que dice. De otro modo, toda esa gente no la habría estado vigilando. Sencillamente, se ha asustado mucho, eso es todo…».

—Ned…

El
G-man
volvió la cabeza hacia ella. Flora lo estaba mirando muy fijamente, y a Ned le pareció que incluso… Sí, dulcemente, eso era.

—¿Sí, señora Burgos? —susurró.

—Deberíamos parar en cualquier parte, y curar sus heridas.

—No tienen importancia.

—Supongo que no, pero está perdiendo mucha sangre. Sería mejor que parásemos unos minutos.

Ned Collins reflexionó brevemente.

—Pararemos cuando lleguemos a la costa. Una vez allí, veremos qué se puede hacer con nuestras heridas, y tomaremos decisiones respecto a la continuación de esta dificultosa fuga.

—Usted…, lo está haciendo muy bien, Ned. Es… un hombre muy peligroso.

—Lo justo para sobrevivir —susurró Ned Collins.

CAPÍTULO IV

Tardaron menos de una hora en llegar a la costa. Concretamente, según indicaba el plano que encontraron en el helicóptero, a Bahía de Banderas. Ned aterrizó entre un espeso grupo de arbolado cercano a la playa, no sin dificultades, pero de este modo, el helicóptero quedó aceptablemente escondido a cualquier inspección por el aire, y del todo oculto cuando lo empujaron entre los dos a un lugar adecuado.

El G-man insistió en atender primero la herida que Flora se había hecho en el vientre con la rama rota al caer encima, pero la muchacha se negó con tal obstinación que no tuvo más remedio que aceptar ser el primero en recibir cuidados. La herida de la pantorrilla era apenas una rozadura, y bastó un pequeño apósito, para evitar que continuase sangrando. La del hombro, casi había afectado la clavícula, pero, si bien el desgarrón era allí mucho mayor, en modo alguno parecía entrañar peligro. A los arañazos, tan abundantes en ambos, ni siquiera les hicieron caso.

Mientras Ned se alejaba un poco para cambiar sus ropas por las del sujeto de las montañas, Flora Santiago cuidó por sí misma de la pequeña herida del vientre. Pero, cuando el agente del FBI regresó, la encontró apoyada en un árbol, un poco pálida, con unas gotitas de sudor en la frente.

Se acuclilló ante ella, dirigió un vistazo a la herida, bien visible pues la muchacha se había subido el vestido, y luego la miró preocupado.

—¿Se encuentra mal? —musitó.

—Creo que hay algunas astillas…, clavadas en la herida, pero no

puedo… verlas bien.

—Será mejor que se tienda en el suelo.

Ella obedeció, y el G-man, provisto de unas pinzas de plástico del botiquín que no inspiraban gran confianza, se dedicó a localizar las pequeñas astillas, que fue arrancando con todo cuidado.

—Creo que no queda ninguna más… —murmuró—. De todos modos, espero que pronto podrán atenderla debidamente. No se mueva.

Limpió como pudo la herida, y la cubrió con unos trozos de gasa, sujetándolos a la fina y tostada piel con esparadrapo. Bueno, teniendo en cuenta las circunstancias y posibilidades, se podía decir que habían quedado bastante bien remendados.

Ned Collins se dispuso a incorporarse, pero entonces, la muchacha lo retuvo por una solapa. No dijo nada. Simplemente, se quedó mirándolo, con extraña fijeza, como absorta. Tampoco Ned dijo nada. No podría haberlo hecho, pues volvía a notar aquel nudo amargo en la garganta, aquella desoladora sensación de haber llegado tarde. Notó la suave tracción de la mano de ella, y pensó que debía ponerse en pie inmediatamente; en realidad, inició este movimiento, pero la mano de ella tiró con más fuerza, y antes de que el agente del FBI pudiera evitarlo, la boca de Flora Santiago llegó a la suya, y su otro brazo rodeó el cuello de él, con fuerza, dejándose caer luego de nuevo completamente, arrastrándolo en aquel beso lento, profundo y dulce.

Se oía el rumor del cercano mar, se oía el canto de algunos pajarillos, pero durante unos segundos, Ned Collins no reparó en nada de esto… Hasta que por fin se desasió bruscamente y se puso en pie. Flora Santiago permaneció con los ojos cerrados durante tanto tiempo que pareció una eternidad, mientras Ned la contemplaba.

Por fin, ella abrió los ojos, y los fijó en él.

—No he debido hacerlo, ¿verdad? —susurró.

—Temo que no, señora Burgos.

—No he podido evitarlo, Ned… ¿Alguna vez ha tenido la sensación de haberse precipitado en unas cosas…, o de haber llegado tarde a otras?

—No… —mintió con voz tensa Ned—. Será mejor que nos pongamos en marcha. Iré a vaciar las latas de gasolina en el depósito del helicóptero.

Cuando terminó y se colocó ante los mandos, Flora ya estaba sentada al lado. La miró de reojo, y casi respingó al ver las lágrimas deslizarse por sus mejillas.

—¿Qué le ocurre? —Se inquietó—. ¿Se encuentra mal?

—No —negó ella—. Estoy llorando por nosotros, Ned. Por usted y por mí.

—Todavía no nos han cazado —replicó Ned.

—No me refería a eso.

Le tomó una mano, pero Ned se desasió con un tirón casi violento, y sacó las llaves del encendido, que, desde luego, no pensaba dejar al alcance de la muchacha en ningún momento. Segundos después, el helicóptero se elevaba, agitando fuertemente las ramas de los árboles. Y otros pocos segundos después, estaban volando sobre el mar, refulgente al sol cegador de la mañana.

—Nos dirigiremos hacia La Paz, en la península de la Baja California… —dijo Ned—. Todavía tengo dinero, así que quizá podamos alquilar una avioneta, o, simplemente, obtener combustible para continuar en el helicóptero hasta San Diego. Hay una delegación del FBI allí.

—¿No podríamos ir directamente a Los Ángeles?

—¿A buscar esa carta con las listas? No sé… ¿Por qué complicarnos la vida? Si conseguimos llegar a San Diego, todos nuestros problemas habrán terminado. Vea en qué estado nos hallamos, y ni siquiera tenemos documentación…

—¿Cree que en el hotel nos habrán denunciado, o algo parecido?

—Espero que no. Lo que sí estarán pensando es que hemos pasado la noche en otro lugar, juntos… Cosas así. No debemos preocuparnos por eso. Desde San Diego avisaremos a los agentes de Ciudad México para que resuelvan ese asunto.

—¿Siempre piensa en todo?

—No debería sorprenderse, señora —masculló el G-man —. Al fin y al cabo, la mujer de un espía como «Continental» debería estar un poco instruida en estas cosas.

—Gerardo no solía mezclarme en sus asuntos. Y menos de esta clase.

—Le aseguro que para mí no es ningún placer tenerla a mi lado en estas circunstancias. Y precisamente, se me ha ocurrido algo al respecto: usted puede quedarse en La Paz, mientras yo sigo sólo el viaje hacia Los Ángeles. Recogeré yo mismo esa carta, y enviaría a buscarla con un margen absoluto de seguridad definitiva.

—Prefiero… seguir con usted, Ned.

—No veo por qué. El peligro que estamos…

—Usted no ve lo que no quiere ver. A mí no me importa ya ese peligro con tal de seguir a su lado.

Ned Collins quedó sombrío, silencioso. Sí: las cosas se estaban complicando… Se dio cuenta de que ella le miraba, pero su mirada permaneció obstinadamente fija en el mar. Flora ya no dijo nada más.

Hasta que, tiempo más tarde, en el horizonte comenzaron a destacar unas sombras oscuras sobre el mar.

—Las islas Tras Marías —murmuró Flora.

Ned se limitó a asentir con la cabeza. Poco después, pasaban por encima de las islas, con lo que se confirmó que estaban en la ruta correcta hacia La Paz. Abajo, las aguas del mar espejeaban en un tono azul intenso, cegador, como un gigantesco cristal lleno de millones de pequeñas arrugas…

La avioneta apareció por sorpresa.

Cuando Ned Collins volvió la cabeza al oír un zumbido de motor más poderoso y continuo que el del helicóptero, lanzó un respingo, con tal sobresalto que casi le costó perder los mandos del aparato.

—¿Qué pasa? —exclamó Flora.

El agente del FBI señaló hacia atrás y la izquierda, y Flora se inclinó sobre él para mirar en aquella dirección. Palideció y se incorporó vivamente, mirando a Ned.

—¿Cree que pueden ser ellos?

—No los de este helicóptero —sonrió Ned—, pero no olvide que estaban en contacto con Peralta, por radio. Peralta ha conseguido la avioneta, eso es todo… Y desde luego, no es ningún tonto: está adivinando todos nuestros movimientos en esta fuga.

—Quizá no sean ellos…

—Ojalá.

Se convencieron muy pronto de que sí eran ellos. Desde luego, no podían tener la seguridad de que Carlos Peralta fuese en aquella avioneta blanca y azul, pero tampoco quedaron dudas de que las intenciones de sus ocupantes, fueran quienes fuesen no eran amistosas: una ráfaga de ametralladora no se dispara como gesto amistoso, ciertamente.

Por fortuna, la ráfaga pasó alta sobre el helicóptero, chascando las balas como secos latigazos en el aire. Luego, a toda velocidad, la avioneta pasó por encima del helicóptero, ensordeciéndolos con su potente ruido.

Ned Collins dirigió una mirada de reojo a Flora, y la vio inmóvil, tensa en el asiento, pálido el bellísimo rostro. Pero eso era todo. No parecía que fuese a dejarse dominar por el espanto, no por el histerismo. Ella se dio cuenta de la mirada de él, volvió la cabeza, y sonrió crispadamente. Asombroso.

Pero Ned no estaba en situación de hacer cábalas sobre el admirable comportamiento de Flora Santiago. Había comprendido que sólo tenían una posibilidad de escapar con vida de aquel ataque: abandonar el espacio aéreo, aterrizar.

Así que, mientras la avioneta comenzaba a decantarse hacia un lado para volver a cargar contra ellos, él dio la vuelta al helicóptero, emprendiendo veloz regreso, en descenso, hacia la primera de las tres islas, divisadas poco antes. En el aire, la maniobrabilidad del helicóptero era más ágil que la de la avioneta, pero ésta, armada por lo menos con una ametralladora camuflada, acabaría venciendo en el desigual combate…

—Ya vuelven —musitó Flora con la cabeza vuelta hacia atrás.

Ned asintió, esperó todavía tres o cuatro segundos, volvió también la cabeza, y, de pronto, accionó los mandos de modo que el helicóptero descendió verticalmente no menos de veinte metros… Notó el vacío en el estómago, y se dio cuenta de que Flora se había agarrado al aparato, crispada…, pero la avioneta, lanzando su segunda ráfaga, fallida, volvió a rebasarlos, ahora hacia las islas, ya muy cercanas.

Estabilizado de nuevo el helicóptero, Ned continuo el descenso, fija su mirada en la avioneta, que estaba virando de nuevo. Y allá volvía otra vez, a velocidad escalofriante…

«Nos van a alcanzar por poco… —pensó el

G-man

—. Por muy poco. Si consiguiese esquivarles también ahora, podríamos tomar tierra en la isla…».

Volvió a dejar caer el helicóptero, en un salto aún más aterrador…, pero esta vez, el piloto de la avioneta conocía ya el truco, de modo que, cuando el helicóptero bajó, él ya estaba inclinando la avioneta, que acudía directamente hacia ellos. Ned vio el agua, a menos de dos metros de su línea de vuelo, y miró a Flora, crispado el rostro.

—¡Salte! —le gritó.

—Ned, no…

—¡Salte! ¡Vamos, salte ahora mismo!

Había reducido al mínimo la velocidad del helicóptero, para que la muchacha pudiese saltar con ciertas garantías, pero al mismo tiempo, esa reducción de rapidez convertía al aparato en un blanco mucho más fácil que las dos veces anteriores…, y la avioneta estaba ya lo bastante cerca para comenzar a disparar. Miró a Flora con expresión furiosa, pero, justo entonces, ella se lanzaba por la abertura de la portezuela, recogida en sí misma, formando una bola.

Dos segundos después, el helicóptero recibía los primeros impactos de la ametralladora de la avioneta. Los encajó justo en la pequeña hélice direccional de popa, de modo que empezó a girar vertiginosamente sobre sí mismo, perdido todo control, sosteniéndose tan sólo debido a la potencia de las aspas superiores.

Pero eso debía de durar muy poco, y Ned Collins lo entendió así de inmediato. Sin vacilar lo más mínimo, se lanzó por la portezuela, hacia el agua, imitando a Flora, recogiendo el cuerpo formando una bola prieta que se hundió en el agua con terrorífico impacto…

Cuando regresó a la superficie, dolorido, como roto, lo primero que vio fue la avioneta, alejándose una vez más, pero empezando ya a describir de nuevo la vuelta, para una próxima pasada. Luego, vio el helicóptero, hundido de morro en el agua. Ya no giraban las aspas, y el aparato, todo metal y vidrio, comenzaría muy pronto a llenarse de agua…

—¡Ned! ¡Ned…!

Giró en el agua, y vio a Flora haciéndole señas con el brazo. Por instinto, miró hacia la avioneta, y la vio una vez más describiendo la vuelta.

—¡Abajo! —gritó—. ¡Abajo, Flora…!

Quizá ella no le oyó, pero sí debió ver la avioneta, que volvía hacia ellos. Para darle ejemplo, el G-man se sumergió, todo cuanto pudo, pero siempre ganando distancia hacia la cercana costa de la isla.

Cuando volvió a la superficie, la avioneta ya había pasado por encima de él. Seguramente, habían acribillado el mar, intentando matarlos, pero lo cierto era que tanto Flora como él volvían a estar arriba, sanos y salvos, mientras la avioneta seguía su veloz marcha, otra vez ladeándose sobre una de sus alas, dispuesta a volver a la carga.

—¡A la playa! —gritó Ned—. ¡Nade hacia la playa!

Flora Santiago le obedeció, y el agente del FBI comenzó a nadar también hacia la costa, orlada de palmeras. Para la siguiente pasada de la avioneta, ni siquiera tuvo que dar instrucciones a Flora, pues ella se sumergió en cuanto comprendió que comenzaba a estar al alcance de la ametralladora…

Esta vez sí supo Ned Collins que estaban disparando contra ellos, pues algunas balas atravesaron el agua muy cerca de él, formando unos rizos de espuma que brillaron al sol… No, no eran rizos de espuma, sino espirales de burbujas que ascendían velozmente hacia la superficie.

Otra vez arriba, ahora mucho más cerca de la playa.

Desde luego, la avioneta volvía a la carga, disparando ya desde lejos hacia donde, aproximadamente, calculaban que estaban ellos. Pero la verdad era que ni siquiera Ned sabía dónde estaba Flora, y era poco probable que ella supiese dónde estaba él. Otra vez bajo el agua tras haber llenado de aire los pulmones, Ned Collins continuó nadando hacia la playa, y, de pronto, no sin sorpresa, sus pies tocaron la arena del fondo. Los afirmó allí, se incorporó, y casi lanzó un grito de alegría al ver que el agua le llegaba apenas a la cintura. Buscó la avioneta y la vio describiendo un nuevo giro para acudir en busca de ellos. Como quince metros a su derecha, vio a Flora, de pie también sobre la arena, mirándolo.

—¡Corra! ¡Corra, Flora!

Salió de la playa, chapoteando, corriendo hacia el grupo de palmeras, volviendo la cabeza para asegurarse de que ella le estaba

imitando. Le imitaba, pero era más lenta. Tanto, que cuando la avioneta volvió a pasar, Ned Collins lanzó un alarido al ver caer de bruces a la muchacha, sin reparar en que, más allá, y a mayor altura, las hojas saltaban en miles de pedazos diminutos.

—¡Flora! —aulló.

Echó a correr hacia allí, llegó junto a la muchacha, la tomó de un brazo, y tiró de ella hacia arriba. Flora alzó la cabeza, y sus grandes ojos desorbitados se clavaron en los del agente del FBI.

—Estoy… estoy bien, Ned…

—¡Pues corra!

Acabó de ayudarla a ponerse en pie, y los dos corrieron hacia el interior, tropezando aparatosamente, cayendo y volviendo a levantarse, ayudándose el uno al otro…, mientras la avioneta pasaba de nuevo, provocando con sus disparos una lluvia verde de palmas sobre sus cabezas.

Por último, los dos se dejaron caer al suelo, derrengados, extenuados, jadeando ansiosamente… Durante unos segundos permanecieron tumbados, apoyándose con los codos en el suelo, derrotados. Lejos, volvió a oírse la pasada de la avioneta, disparando una vez más. Pero, en esta ocasión, los disparos no podían ir más torpemente dirigidos, y los dos se miraron.

Ned fue el primero en echarse a reír. Ella pareció sorprendida un instante, pero acabó por romper a reír también. Una risa aguda, crispada, estremecida. Ned se arrastró hasta ella, la tumbó boca arriba, y le aplicó dos tremendas bofetadas, una en cada mejilla.

En el acto, Flora dejó de reír. Se quedó mirando con expresión desorbitada a Ned, y luego rompió en sollozos, mansa, sosegadamente.

—No llores… —jadeó Ned—. Flora, no llores… Nos hemos salvado, no podrán localizarnos aquí abajo, y no pueden aterrizar en esta isla con esa avioneta…

Ella se incorporó, y miró hacia el mar. Ned hizo lo mismo. Y ambos pudieron ver cómo el helicóptero, finalmente lleno de agua, comenzaba a hundirse… La mirada que cambiaron luego no podía ser más desconsolada.

—Vendrán a buscamos —tartamudeó ella—. Saben que no podremos salir de la isla, no tenemos medios… ¡Vendrán a buscarnos!

—Que vengan —masculló el G-man —. Tenemos armas para poder…

Sacó su pistola…, y un chorrito de agua salió por el cañón. Demudado, Ned efectuó un disparo al aire…, y de la automática sólo brotó un chasquido neutro, ni siquiera metálico. Miró a Flora, y ella se echó a reír, nerviosa.

—¡Yo ni siquiera tengo la mía! —exclamó.

La verdad fue como un impacto para Ned Collins. No tenía por qué engañarse a sí mismo: estaban solos, desarmados, en una isla donde difícilmente podrían encontrar ayuda de ninguna clase.

—Bueno —dijo Ned—. Debería decir que en peores me las he visto, pero temo que faltaría a la verdad… ¿Estás bien?

—No sé —murmuró Flora.

Se tendió en el suelo, y cerró los ojos. Ned la estuvo observando unos segundos… Sí, posiblemente, dentro de muy poco irían a por ellos a la isla, utilizando cualquier medio. Sabía ya que no los iban a dejar escapar, que la jauría estaba lanzada con toda su furia detrás de ellos. Había un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que los matasen. Se tumbó sobre ella, colocando una mano en una mejilla de la muchacha.

—Flora… —musitó—. Flora: te amo.

Ella no contestó. Ni siquiera abrió los ojos. Todo lo que hizo fue alzar los brazos, rodear con ellos el cuello de Ned, y atraerlo, hacia abajo, hacia ella… Todavía estaban besándose cuando la avioneta volvió a pasar, lanzando otra ráfaga.

Pero ninguno de los dos la oyó.

En realidad, no tenían nada que oír que fuese más interesante que el furioso latir de sus corazones.

CAPÍTULO V

Hacia el mediodía, sucedió lo inevitable.

Estaban tumbados cerca de la playa, a la sombra, ella con la cabeza en el hombro de él, cuando oyeron el motor de una embarcación. Durante unos segundos, no se movieron. Luego, ella giró hasta quedar apoyada con su pecho sobre el de Ned.

—¿Lo oyes?

—Sí. Pero quizá no sean ellos.

—Han tenido tiempo de regresar a la costa, conseguir una lancha, y estar de nuevo aquí. Saben que no conseguiremos escapar.

—Eso, por un lado; por otro, deben haber previsto la posibilidad de que hayamos conseguido una embarcación, de modo que no tardará en aparecer la avioneta… Es muy posible que en la costa se hayan reunido todos los hombres disponibles de Peralta.

—Si esa lancha no es de ellos, podríamos hacer señas, y alejarnos con ella. Nos ayudarían.

—Seguramente. Sí, es posible que sean pescadores, y me imagino que aceptarían cualquier cuento y nos ayudarían… Pero me pregunto si tenemos derecho a eso, Flora. Ten por seguro que la avioneta va a volver, y hundirían la lancha, con esas personas que no tienen nada que ver en este asunto.

—Podríamos robarles la lancha, y más tarde recompensarles. Si dejamos aquí a esos pescadores, sólo nosotros correríamos el riesgo…, pero saldríamos de aquí.

—Sigues olvidando la avioneta. Ni siquiera tenemos una pistola para intentar derribarla: nos acribillarían en el mar.

Flora Santiago sonrió, y deslizó un dedito por la barbilla del G-man.

—Parece que no tenemos muchas soluciones, ¿verdad?

—No. Muchas no —sonrió Ned.

—Por eso me has dicho que me amas… No lo habrías hecho si hubieses creído que podríamos escapar.

—Quizá.

—Pero —ella volvió a sonreír y le besó en los labios—, sin duda alguna, dos condenados a muerte merecen alguna pequeña… compensación… ¿No pensaste eso?

—Aproximadamente.

Ella volvió a besarle, ahora en la barbilla, y luego estuvo silenciosa unos segundos, hasta musitar:

—Ned: ¿qué pasaría si salimos con vida de la isla? Quiero decir, si llegamos a Estados Unidos.

—Tendrás que identificar a «Continental». A tu marido.

—Eso ya lo sé. ¿Y luego?

—Si él no ha hecho nada por lo que merezca un severo castigo, suponiendo que el FBI le conseguirá lo que pida: dinero, pasaportes para vosotros dos, quizá un lugar donde vivir… No lo sé.

—Lo dices tan… fríamente, que siento… ganas de llorar, Ned.

Ned Collins se incorporó, mirando hacia la playa por entre la vegetación.

—Creo que debemos olvidar estas tres horas, Flora. Será lo mejor para todos. La lancha está navegando muy cerca de nosotros. Vamos a echar un vistazo.

Flora Santiago se mordió los labios. Luego, se puso en pie, imitando al hombre del FBI…, y lo siguió hacia un puesto más avanzado. Bien ocultos, estuvieron contemplando la lancha, que pasaba cerca de allí, hacia el Norte, a la mínima velocidad. Muy poco después, la misma lancha regresaba hacia el Sur y, en determinado momento, el sol se reflejó con breve centelleo en dos puntos.

—Bueno, parece que no debemos dudar más —musitó Ned—. Están buscándonos con unos prismáticos.

—¿Qué vamos a hacer?

—Nada. No podemos hacer nada. Tenemos que esperar que ellos tomen la iniciativa. Me imagino que no tardarán en desembarcar. Y por supuesto, vendrán armados hasta los dientes. Nuestra única posibilidad consiste en poder engañarles… Pero dudo mucho que dejen la lancha sola en la playa: dejarán por lo menos un hombre

bien armado en ella.

—Y luego vendrán de cacería… ¿Qué estás pensando?

—Se me ha ocurrido que… Pero es demasiado arriesgado.

—Bueno —rió Flora—, no creo que podamos correr más grave riesgo que ahora, mi amor. Tanto si intentamos algo como si no intentamos nada, nos matarán… ¿Por qué me miras así?

—No me llames «mi amor» —masculló el agente del FBI—. Olvídalo. Olvídalo todo, ya te lo he dicho. Por lo demás, creo que tienes razón… Podríamos intentar algo, pero tú tendrías que correr el riesgo de que te matasen.

—¿Y tú no? —Lo miró ella sorprendida.

—También, por supuesto. Los dos. Pero lo indudable es que no podemos quedarnos sin hacer nada, esperando como corderos en un matadero.

—¿Qué riesgo debo correr yo?

—Deberías ir tierra adentro, y dentro de poco, dejarte ver. En cuanto vean a uno de nosotros, desembarcarán Y dejarán la lancha sola…, o, con suerte, con la vigilancia de un solo hombre.

Flora asintió con la cabeza, mirando a Ned Collins con curiosidad.

—¿Debo dejarme atrapar? —murmuró.

—¡No! —Se sobresaltó él—. Eso nunca, Flora… Sólo se trata de que consigas que desembarquen y vayan isla adentro.

—Entiendo… Supongo que tu parte es más peligrosa que la mía.

Ned encogió los hombros.

—Eso nunca se sabe. Bien…, ¿estás dispuesta?

—Sí… Sí, Ned: haré lo que tú digas. Y supongo…, supongo que es posible que no volvamos a vernos.

—Es posible, sí.

Flora le echó los brazos al cuello, y le besó.

—Adiós, Ned.

Ned Collins volvió a notar aquella bola amarga en la garganta. Pero ni siquiera besó a Flora, ni había correspondido a su beso. Se desprendió de los brazos de ella, y señaló hacia el interior de la isla. Flora asintió, dio media vuelta, y se alejó, desapareciendo muy pronto de la vista de Ned Collins.

* * *

Carlos Peralta quedó de pronto inmóvil, y sus manos apretaron con fuerza los prismáticos.

—¡Ahí están! —gritó—. ¡Están en esta parte de la isla, tal como pensamos! ¡Ve hacia la playa, Gomera!

La lancha enfiló hacia la playa, mientras otro de los cuatro hombres que iban en la lancha tomaba los prismáticos de manos de Peralta y los enfocaba siguiendo las instrucciones de éste.

—Sí… La veo a ella, pero no a él.

—Ese sujeto es demasiado listo.

—Pues ella no es tonta, me parece.

—Por lista que sea, si ese sujeto es del FBI como suponemos tiene que serlo más que ella. Podemos.

—Ya no la veo. Se ha ocultado.

—Él tiene que haber comprendido que podíamos verla. Los vamos a cazar como a conejos… Gomera, tú vas a quedarte en la playa, con la lancha. Llama por la radio a la avioneta, y diles que los hemos localizado, pero que de momento ellos no hacen falta. Y mucho cuidado: ese tipo ya ha demostrado que no podemos descuidarnos con él.

—Pues ella tampoco es ningún ángel.

Le miró con una sonrisa en los labios.

—Pronto serán ángeles los dos —masculló Peralta.

La lancha llegó en pocos segundos más a la playa, y Peralta, Sánchez y Gomera se dedicaron a llamar por la radio de onda corta, consiguiendo en seguida el contacto con los hombres que habían quedado en la avioneta, en la costa. Pasadas a éstos las instrucciones, cerró la radio, alzó el asiento de atrás de la lancha, y sacó de allí una metralleta, sonriendo con dureza. Por listo que fuese aquel tipo, no habría aprendido a digerir plomo, seguramente. Si aparecía por allí…

Encendió un cigarrillo, y se quedó mirando hacia la playa, muy atento, vigilante. Cuando terminó el cigarrillo, todavía no tenía la menor idea de lo que pudiese estar sucediendo en el interior de la isla. Y ni siquiera había sonado un disparo. Claro que tampoco podía oírlos, pues todos sus compañeros llevaban silenciador…

El sol apretaba de firme, y Gomera comenzó a pensar que sus sesos se iban a convertir en papilla caliente, así que buscó la gorra, y se la puso. Eso estaba mejor. Ni un segundo dejaba de vigilar la

playa…

Por eso, cuando la lancha se movió hacia un lado, no experimentó la menor inquietud. Volvió la cabeza, con expresión indiferente… Expresión que se transformó en el acto en otra de espanto. Su boca se abrió, sus ojos se desorbitaron, quiso apuntar hacia allá la metralleta hacia la cabeza de rubios cabellos empapados y ojos tan claros como el mar.

Pero mientras él se volvía, la mano derecha de Ned Collins, se alzó por encima de la borda, mientras con la izquierda se sujetaba a ésta, a pulso. Con poderoso gesto, el hombre del FBI lanzó el pedrusco que se había procurado en tierra firme. Con impulso y con acierto mortal: la piedra dio en la frente de Gomera, arrancándole la gorra y tirándolo hacia atrás, en un grotesco salto en el que perdió la metralleta, que tras salir disparada hacia arriba, cayó sobre el asiento.

De un tirón de brazos, Ned Collins pasó a cubierta de la lancha, y se apresuró a tomar la metralleta, con una mano. Luego, se asomó por la borda, apuntando hacía el agua. Sí: pedrada certera y mortal. Gomera yacía en el fondo, cara arriba, y se veía su rostro, abiertos los ojos desorbitadamente… Una mancha roja se iba diluyendo rápidamente en el agua.

—Me parece que no lo siento —murmuró Ned Collins.

Tomó la llave de ignición de la lancha, se separó unos hilillos de contacto, arrancó la mitad de uno de ellos, y se lo guardó también. Luego, saltó al agua, y se dirigió hacia la playa, con la metralleta lista para disparar en cualquier momento.

CAPÍTULO VI

—No disparéis a menos que sea necesario —advirtió Carlos Peralta —. Por el momento, nos interesan vivos, ahora que es posible. Ella tiene muchas cosas que decirnos.

—¿Y él?

—Eso es diferente. No creo que disponga de armas, pero ya nos ha dado bastantes quebraderos de cabeza, A la menor dificultad, tirad a matar.

—Sí —rió acremente Cobaleda—. Ahora seremos nosotros quienes le daremos quebraderos de cabeza a él. O, al menos, le quebraremos la cabeza.

—Sólo si es inevitable —insistió Peralta—. No sabemos cómo están las cosas en Washington respecto a los hombres que enviamos, y ese sujeto debe tener una información interesante. Bien, ella tiene que estar por aquí. Y él. Separémonos ya…, y mucho cuidado.

Se fueron separando, avanzando pistola por delante, atisbando toda la vegetación, seguros de que en cualquier momento, el hombre que suponían del FBI, o la muchacha, podían aparecer detrás de cualquier mata, de cualquier árbol, o peñasco… Encima de ellos, el sol, calentaba de firme; producía la sensación de que estaba hinchándose aquel silencio, haciéndolo más denso, envolviéndolo en una capa casi visible de fuego amarillo.

El sudor comenzaba a chorrear por los rostros de los tres hombres, que entornaban los ojos, para evitar que penetrase en ellos. En algunos árboles, se oían cantos de aves, que daba aún mayor profundidad al silencio, lo afirmaban.

Y en medio de aquel silencio, fue Sánchez quien vio a Flora Santiago, de pronto, escondiéndose entre unos matorrales a muy

poca distancia de él.

—¡Peralta! —llamó—. ¡Aquí está, la he visto…!

A su derecha y a su izquierda se oyó rumor de matorrales, y Peralta y Cobaleda aparecieron corriendo, ante el sobresalto de Sánchez, que había estado a punto de disparar contra ellos, creyendo que podía ser el agente del FBI.

—¡Allí! —señaló—. ¡Entre aquellos arbustos…!

Sus dos compañeros parecían desconcertados, pero, de pronto, la propia Flora los sacó de dudas, al aparecer, corriendo, siempre isla adentro. Estaba a menos de cincuenta metros de ellos.

—¡No disparéis! —gritó Peralta—. ¡Y cuidado con el otro!

Se lanzaron tras ella como una auténtica jauría, ganándole rápidamente terreno. Flora volvía la cabeza de cuando en cuando, y ellos podían ver su rostro sudoroso, crispado, angustiado. Debía haber oído que no querían disparar contra ella, pero eso no parecía tranquilizarla lo más mínimo.

* * *

Volviendo la cabeza de cuando en cuando, Flora Santiago seguía corriendo, escalando el suave desnivel del terreno hacia el interior de la isla. Notaba el sudor brotando de todo su cuerpo, deslizándose a chorros por el cuello, el pecho, el vientre… A cada paso se decía que era el último, que no podría correr más. Pero seguía corriendo, corriendo, corriendo… Le dolían las piernas, el vientre, la cintura, el pecho. Era como si de un momento a otro algo fuese a romperse dentro del pecho, algo fuese a estallar.

Tras ella oía los jadeos de Peralta y los otros dos, sus bufidos furiosos al ser arañados por los matorrales, sus maldiciones ahogadas… Y oía todo esto cada vez más cerca. Cada vez más cerca, cada vez más cerca…, hasta que una mano la asió por el hombro, y oyó el jadeo:

—Perra…, traidora…

Se detuvo en seco, y Sánchez chocó contra ella, tan inesperadamente, que cayó de espaldas, perdiendo la pistola. Plora emitió un ahogado grito de alegría y saltó por encima del hombre, hacia la pistola. Cayó de bruces junto a ella, la asió…, y un pie cayó sobre su mano, aplastándola brutalmente. Lanzó un alarido, revolviéndose, dando un tirón y consiguió soltarse, despellejándose

dolorosamente la mano. Peralta estaba junto a ella, y el otro llegaba en aquel momento, bufando con una furia inaudita.

Ni siquiera dio tiempo a Flora a intentar incorporarse: su pie derecho, siguiendo el impulso de la marcha, golpeó a la muchacha en la barbilla, con tal violencia que casi la puso en pie, para, inmediatamente, caer de espaldas, con los ojos en blanco, perdido instantáneamente el conocimiento, lívido el rostro empapado de sudor.

Sánchez se había puesto en pie, y se acercó a ella, descompuesto el rostro por la rabia. Lanzó un puntapié al costado de Flora, que se meció, insensible a aquel nuevo dolor. Todavía intentó seguir golpeándola, pero Peralta lo apartó de un empujón, gruñendo.

—Maldita… traidora —jadeó Sánchez.

Luego, se quedaron inmóviles los tres, contemplándola, recuperando el aliento. Por fin, Peralta hizo una seña, y sus compañeros comprendieron: todavía no había aparecido el tipo del FBI, de modo que convenía no descuidarse. Los dos se dedicaron a mirar a su alrededor, vigilantes, mientras Peralta se arrodillaba junto a la muchacha.

De un manotazo, le arrancó el vestido y tras contemplarla un instante en sujetador y pantaloncitos, comenzó a rasgar el vestido, hasta reducirlo a simples pedacitos de tela.

—Aquí no lleva nada —dijo.

Entonces, no menos brutalmente, arrancó las últimas dos prendas a Flora, y comenzó a desgarrarlas también, con una meticulosidad que parecía digna de mejor causa. Por fin, tiró los restos de los pantaloncitos y el sujetador, con rabia.

—No los lleva ella… ¡Nos hemos equivocado!

—Debe tenerlo el del FBI —sugirió Cobaleda, mirando con maligna expresión a Flora—. Ella debió dárselo cuando se encontraron en Acapulco. Ha tenido que ser así… Al fin y al cabo, era lo que tú habías previsto, ¿no? Podíamos haberla atacado cuando estaba sola, pero dijiste que era mejor esperar, puesto que ella también parecía estar esperando algo. Y cuando apareció el sujeto del FBI dijiste que tampoco convenía atacarlos entonces, ya que era mejor esperar a que él, ella o los dos, se fuesen, pues eso indicaría con toda seguridad que ella ya había sacado las listas de su escondite. Ni siquiera debimos dejarlos salir como si fuesen a dar

un paseo y cenar…

Le miró furioso.

—Está bien —gruñó Peralta—. Cállate ya.

—Muy bien, tú mandas. Pero ya te dije que era absurdo esperar tanto, que ella podía haber enviado esas listas, en lugar de proponerse llegar con ellas a Washington…

—Eso ya se previno enviando allá a aquellos hombres con listas falsas —refunfuñó Peralta—. Pero sigo insistiendo en que ella es demasiado lista para haberlas enviado al FBI, sin más. Debía tenerlas en Acapulco…, o en un lugar seguro.

—Es absurdo que discutáis… —Gruñó Sánchez—. Vamos a por ese tipo, y ya veréis cómo él lleva las listas.

—Sí… Hay que encontrarle, como sea. Claro… Debe llevarlas él, y por eso se está ocultando, sin importarle nada lo que ocurra con ella, porque…

—Se equivoca, Peralta —dijo una voz detrás de ellos, entre unos matorrales.

Los tres hombres lanzaron un grito, y se orientaron a la vez hacia aquel punto. Peralta y Sánchez se precipitaron demasiado, al disponerse a disparar. Cobaleda, que fue quien se dio cuenta inmediata de la situación, salió mejor librado. Permaneció inmóvil, lívido como un muerto, mientras Ned Collins disparaba su metralleta contra sus dos compañeros, que, a su vez habían intentado disparar contra él.

Peralta recibid una corta ráfaga en el centro del pecho, lanzó un breve aullido, y saltó hacia atrás, cayendo de espaldas sobre Flora Santiago, que permaneció insensible a todo, todavía con los ojos abiertos, demudado el rostro, Sánchez había intentado saltar, inclinándose, al mismo tiempo que se proponía disparar… Y la ráfaga dirigida a él, al inclinarse, le alcanzó de lleno en la cabeza, destrozándosela, enviándolo lejos, dando vueltas, hacia arriba. Durante un par de segundos, pareció que fuese a quedarse allí. Luego, lentamente, comenzó a rodar ladera abajo…

La mirada del
G-man,
como congelada, seguía fija en Cobaleda, sin embargo, por su parte, Cobaleda había comprendido muy bien cuáles eran sus posibilidades, y ya había dejado caer la pistola, permaneciendo tan

inmóvil como un muerto.

—Venga hacia aquí… —ordenó Ned—. Y luego, vuélvase.

Cobaleda obedeció, en tensión todo el cuerpo. Llegó ante Ned, y se volvió de espaldas.

—Relájese… —murmuró éste—. Y póngase de rodillas. Si continúa siendo inteligente, podrá vivir para contar en La Habana lo que ha sucedido por estos lugares.

Cobaleda comprendió, ya sin dudas. Y sabiendo que era lo menos malo que podía ocurrirle, se arrodilló, procuró tranquilizarse… El tremendo golpe que recibió en la parte posterior de la cabeza le tranquilizó del todo. Quedó tendido de bruces, con la cabeza ladeada, como queriendo no perder de vista el hermoso cielo azul.

Lo primero que hizo Ned Collins acto seguido fue acercarse a Flora, y convencerse de que estaba viva.

Luego, quitó los cinturones a Sánchez y a Peralta, y ató con ellos de pies y manos a Cobaleda, después de desnudarlo. Con aquellas ropas, vistió a Flora Santiago, preocupándose incluso de doblar las mangas de la camisa masculina, y los extremos de los pantalones. Finalmente, se quedó contemplando el enorme hematoma que comenzaba a ser visible en la barbilla de la muchacha, y su gesto se endureció.

Pero, en definitiva, ninguno de aquellos hombres podía ya pagar un precio más alto por su acción. Excepto el que continuaba vivo… Le miró torvamente, pero movió la cabeza en gesto negativo: ya había sido lamentable tener que matar a algunos hombres, pero matar fríamente a uno que estaba desvanecido, le pareció excesivo.

Intentó despertar a Flora, pero en seguida cambió de idea. La levantó en brazos, y emprendió el regreso a la playa, apretando contra su pecho el cuerpo de la muchacha. Sabía que no tardaría en recuperarse, y, contando con la lancha, quizá todos sus problemas se terminasen, por fin. Sí, de acuerdo a su nuevo plan, era más que posible que todo hubiese finalizado, que aquella fuga estuviese terminando cuando Flora Santiago despertase.

* * *

La primera sensación de Flora Santiago fue auditiva. El rugir del motor de la lancha debió contribuir, quizá, a despertarla. Luego, al

abrir los ojos, lo primero que vio fue el cielo azul, resplandeciente, lleno de sol.

Volvió la cabeza, y vio el mar. La volvió hacia el otro lado, y vio a Ned Collins, al volante de la lancha.

El agente del FBI le sonrió afablemente, aunque le pareció que un poco crispado.

—¿Qué tal, señora Burgos? —se interesó.

—¿Dónde estamos?

—En la lancha de Peralta, rumbo a casa. Me parece que esta fuga está terminando.

Flora Santiago se sentó en la cubierta, y lanzó un gemido. Le dolía todo, y le costaba respirar. Con grandes precauciones, se sentó junto a Collins, y respiró profundamente.

—¿Qué ha pasado?

—Pudimos escapar, ya lo ve.

—Sí… Lo veo…, y no lo creo. Parece imposible. ¿Cómo pudo lograrlo…, Ned? —Le miró sorprendida, de pronto—. ¿Por qué ya no me tuteas?

—Creo que es lo mejor, señora Burgos. Ya no tiene objeto considerarnos el único hombre y la única mujer sobre la tierra, o dos moribundos… Con derecho a todo. Dentro de muy poco, estaremos a salvo. Luego, en Washington, donde la está esperando su marido.

Ella asintió con la cabeza. No hizo más comentarios al respecto y durante un par de minutos permaneció en completo silencio, antes de volver a insistir en su pregunta:

—¿Cómo pudo lograr escapar, señor Collins?

—Pura suerte.

—¿Suerte? Entiendo que, estando desarmado, ha vencido usted a cuatro hombres armados… ¿No le parece que todo tiene un límite?

—Para la suerte, no. De todos modos, todavía no estamos completamente a salvo. Todavía puede aparecer el último peligro, que ya sabemos cuál es.

—¿La avioneta?

—Desde luego. Aunque, faltando Peralta, quizá las acciones de esos hombres no sean tan inteligentes.

—¿Ha querido decir que Carlos Peralta está muerto, u otra cosa,

señor Collins?

—Tuve que matarle. No pude elegir, se lo aseguro.

—Parece que lo lamenta.

—Desde luego. Pero, como ya le he dicho, la ausencia de Peralta puede resultarnos beneficiosa. Si los de la avioneta, en vista del silencio prolongado de sus compañeros, vuelven a volar sobre el mar, nos buscarán de nuevo en ruta hacia La Paz. Y para cuando comprendan su error, ya estaremos a salvo.

—¿No vamos hacia La Paz, ahora?

—No. Vamos hacia Mazatlán. Está más cerca y espero recibir allí ayuda de mis compañeros.

—Creí que no quería comprometerlos —sonrió inexpresivamente la muchacha.

—Ya no hay riesgos para nadie, espero. Llamaré a Ciudad México, y desde allá nos lo solucionarán todo. Pasarán por Acapulco para recoger nuestras cosas y pagar el hotel, y nos solucionarán el viaje en avión a Los Ángeles.

—Pero… ¿no quería usted ir a San Diego?

—Tal como nos están saliendo de bien las cosas, no me parece que debamos perder el tiempo en San Diego. Antes, era el punto más cercano de Estados Unidos. Pero, si mis compañeros nos ayudan, como espero, me parece una tontería viajar hasta San Diego y luego de allí hasta Los Ángeles.

—Tiene razón —murmuró ella—. Supongo que vamos a Los Ángeles a recoger la carta que Gerardo envió a mi nombre al hotel.

—Claro —se sorprendió Ned—. ¿A qué otra cosa, si no? Lo más práctico, sería tomar un vuelo directo a Washington, pero, puesto que podemos llegar ya con esas listas, me parece conveniente.

—Sí… Sí, tiene razón… Dígame una cosa: ¿por qué llevo estas ropas?

—La dejaron desnuda. Me parece que buscaban las listas escondidas en su ropa, señora Burgos. Tuve que vestirla con las ropas de uno de ellos. No está elegante, pero sí convenientemente cubierta. Lo arreglaremos todo en Mazatlán…, si llegamos, claro.

—Estoy segura de que llegaremos, señor Collins —sonrió la muchacha—. Usted es un hombre extraordinario, y yo… me siento completamente a salvo a su lado. Sé que llegaremos.

Y, en efecto, hacia las cuatro de la tarde, llegaban a Mazatlán.

CAPÍTULO VII

Eran casi las diez de la noche cuando Ned Collins regresaba a la lancha, amarrada en un lugar discreto. Saltó a cubierta llevando un gran paquete en las manos, que tendió a la muchacha.

—Lo hemos conseguido todo. Pero parece que nuestro sino es pasar por La Paz. Aquí tiene ropas adecuadas para usted.

—¿Ha visto a sus compañeros?

—Naturalmente —pareció sorprenderse Ned—: han hecho todo lo que les pedí, y ya han avisado a Washington que salimos hacia allí.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche. Pero será mejor que se dé prisa. El avión hacia La Paz sale de aquí dentro de una hora, Cámbiese de ropas. Me volveré.

Ned frunció el ceño, y se volvió. Mientras Flora se cambiaba, el G-man

recapacitaba, felicitándose por la buena suerte final que había tenido. Al llegar a Mazatlán había llamado a México, y allí se habían mostrado activos y eficaces. Dos agentes habían partido hacia Acapulco, al hotel Stella Maris, al cual, en seguida llamó él, avisando que unos amigos pasarían a recoger sus cosas y las de la señorita Flora Santiago Luego, esos agentes se habían desplazado a la taberna de Mazatlán donde él quedó en esperarles a partir de las nueve. Habían llegado a las nueve y diez, pero ya con los pasajes para él y Flora hasta La Paz, y de allí, en vuelo enlazado, hacia Los Ángeles. Además de eso, le habían devuelto su documentación, le habían facilitado dinero…

—Ya estoy lista, señor Collins.

—¿Eh…? Oh, bien. Creo que podemos despedirnos de esta

lancha, señora Burgos. Y si nada se estropea, estaremos en Los Ángeles hacia las dos de la madrugada.

—Tendré dificultades, señor Collins.

—¿Qué clase de dificultades?

—Me pregunto si me dejarán entrar en el país. Quizá sería mejor que usted me esperase allí, y que yo llegase por mis propios medios.

—¿Está bromeando? —se sorprendió Ned—. He examinado su pasaporte, y todo está en regla. Y así tenía que ser, ya que usted esperaba entrar en Estados Unidos con su marido. Por cierto, es sorprendente que usted no sepa el nombre que él utilizaba en su pasaporte.

—Es un detalle en el que yo no pensé. Pero supongo que Gerardo me habría instruido en el momento oportuno.

—Si… Claro. Bien, en marcha.

—¿No voy a conocer a sus compañeros?

Ned Collins se quedó mirándola atentamente.

—¿Para qué?

—Si son como usted, presiento que me resultarán…

—¿Gratos?

—Sí —rió ella—. Creo que ésa es la palabra exacta.

—Ellos estarán cerca, por si surgiesen dificultades de última hora. Pero hemos pensado que resultaría mucho más conveniente que permaneciesen alejados lo suficiente para… dar una sorpresa a quien intentase dárnosla a nosotros… No olvide que todavía estamos huyendo, señora Burgos.

—Decididamente —susurró ella—, usted es un hombre capaz de prevenirlo todo.

—Es mi trabajo —gruñó él, un poco desconcertado—. Temo estar notando una cierta reticencia en su tono, señora.

—Lo que ocurre —intentó disculparse ella— es que, en el fondo, me molesta admirar a un hombre que no sea mi marido. Eso es todo.

—Lamento originar en usted esa molestia. Vámonos.

Media hora más tarde, estaban en el aeródromo. Otra media hora más y estaban en la península de la Baja California. Cincuenta minutos después, aterrizaban en La Paz, con el tiempo justo para ocuparse de los trámites hacia el avión que les llevaría a Los Ángeles.

Y hacia las dos y media de la madrugada tomaban tierra en el aeropuerto internacional de dicha ciudad.

A las tres menos diez, ambos se acomodaban en un taxi. Habían comido algo en el avión, y hasta habían descabezado un sueño, pero esto último sólo sirvió para que en sus rostros comenzase a notarse la fatiga de la accidentada fuga desde Acapulco.

—Llévenos a Victory-Vanowen Park —pidió Flora al taxista en perfecto inglés—. Luego, le iré indicando el camino. Sé a dónde quiero ir.

—Entendido, señora —asintió el taxista, sonriendo—. ¿No tienen equipaje?

—Tuvimos que salir a toda prisa. Por favor, no se entretenga: no quisiéramos llegar tarde.

De nuevo asintió el taxista. En efecto, muy urgente tenía que ser el asunto para llegar a aquellas horas a Los Ángeles y sin equipaje. Posiblemente, se estaba muriendo algún familiar… Con este convencimiento el taxista se las arregló para llegar a Victory-Vanowen Park en menos de veinte minutos, contando con la ventaja del disminuido tráfico nocturno. Desde allí, Flora le fue dando las indicaciones oportunas, y, un par de minutos después, le tocaba en un hombro.

—Pare, por favor. Nos apearemos aquí. Y muchas gracias.

—A usted, señora. Y a usted, señor —añadió rápidamente al ver el billete que le tendió Ned—. Espero que todo vaya bien.

Flora sonrió y el G-man la tomó de un brazo, empezando a caminar hacia el único hotel que se veía desde allí. Su nombre era White Hotel, pero el anuncio era de neón rojo. A simple vista se comprendía que era un hotel modesto, tranquilo. Tenía sólo dos plantas y no se veía luz en ninguna ventana.

En la recepción había un hombre, dormitando. Se agitó al oír sus pisadas, abrió los ojos, y se puso en pie, más adormilado que asombrado.

—Buenas noches —saludó Ned Collins—. Somos los señores Sanders, y hemos estado aquí otras veces. Enviamos una carta a nombre de mi esposa, pero olvidamos reservar habitación. Espero que la carta haya llegado: contiene documentos que no queríamos

arriesgarnos a perder.

—Lo miraré —parpadeó el hombre, despejándose por momentos; se volvió, miró las reservas y asintió con la cabeza, sacando un sobre—. Aquí está: señora Florence Sanders.

—Perdone, señor —retiró el hombre la mano con el sobre—. No se lo tome a mal, pero antes de entregarle el sobre quisiera que se identificasen. Comprenda usted: la correspondencia…

—No se preocupe —sonrió Flora, tendiendo su pasaporte—. Por el contrario, debe estar satisfecho de su actitud. Vea si esto es suficiente.

El hombre echó un vistazo al pasaporte, y sonrió, como disculpándose.

—Sí, señora. Bueno, como en el sobre indica que debíamos esperar su llegada, nos permitimos reservarle una habitación. Comprobamos en el registro que había estado aquí otras veces. Pero… la habitación es sencilla. No sabíamos…

—No tiene importancia —cortó Flora—. Estaremos aquí sólo esta noche, pues mañana tenemos que seguir viaje hacia el Norte. Pero dejaremos reservada una habitación para permanecer varios días a nuestro regreso.

—De acuerdo —el hombre se volvió, y descolgó una llave—. Les acompañaré.

—No se moleste —le quitó Ned la llave, sonriendo lo más amablemente que pudo—. Nos arreglaremos solos.

—Como gusten.

Emprendieron la subida del tramo de escaleras de piedra, mirando Ned el número que pendía de la llave. El doce. Arriba, encontraron en seguida la puerta con ese número y el
G-man
abrió, dio la luz, y se apartó, dejando pasar a Flora. Entró él, cerró la puerta y fue a sentarse en un silloncito. Abrió el sobre y sacó cuatro o cinco páginas mecanografiadas, llenas de nombres y direcciones.

Cuando alzó la cabeza, Flora estaba ante él, de pie, mirándole con gran atención.

—Bien —murmuró—. Ya tiene esas listas, señor Collins…

—Sí. —Ned procuró ser amable—. Y no ha sido fácil, me parece.

—Desde luego que no —suspiró y casi bostezó ella.

—Creo que lo mejor será que esta noche descansemos. Mañana me ocuparé de nuestro viaje a Washington… Es posible que allí hayan solucionado ya las cosas, pero aquellos hombres parecían muy duros de pelar… Quizá estén tan desconcertados como al principio… Los sacaremos de dudas, por fin. Celebro… que pueda usted reunirse con su marido, señora Burgos.

—Estás mintiendo —susurró ella—. Estás intentando engañarte a ti mismo, Ned. Pero supongo que tu actitud, en estas circunstancias, no puede ser otra.

—En efecto, señora Burgos.

Ella asintió con la cabeza, tristemente.

—¿Cómo vamos a dormir? —preguntó.

—Usted en la cama, naturalmente. Yo me las arreglaré en un sillón. Espero que haya alguna manta en el armario.

—Te la buscaré —musitó ella.

Fue al armario, mientras Ned Collins volvía a colocar las listas en el sobre, y se guardaba éste. Bien…, mala suerte para algunos, desde luego. Pero se la merecían. Se merecían esa mala suerte con todos los honores. En breve, cuando el FBI cayese sobre ellos, lamentarían amargamente haber cometido uno de los más repugnantes delitos federales… y del mundo entero: traición a la patria…

—Hay una manta, sí.

Se volvió a medias, ceñudo, sombrío.

—Gracias, señora Burgos. Y buenas noches. Estamos tan cansados los dos que me parece que cualquier conversación puede ser dejada para mañana.

—¿Quieres dormir en la cama? —Captó la expresión de él, y sonrió—. Vamos, no seas absurdo Ned. No veo la necesidad de que, después de todo lo que hemos pasado, te perjudiques durmiendo en un sillón.

—He dormido en peores sitios. Buenas noches, señora Burgos.

Ella estuvo mirándole fijamente unos segundos. Luego, dio media vuelta y se dirigió al cuarto de baño. Ned se sentó en el sillón y frunció una vez más el ceño. En verdad, pasar la noche allí no iba a ser muy agradable… Oyó correr el agua del lavabo, y miró hacia el cuarto de baño. Mala suerte… Pésima suerte, a fin de cuentas, para él. Era quien más iba a perder, en definitiva…, por haber

llegado tarde a la vida de Flora Santiago…

—Ned —llamó ella.

—¿Qué hay?

—No puedo cerrar el grifo… Parece que se ha estropeado.

Se puso en pie, fue al cuarto de baño, y vio a Flora dando vueltas al grifo, cuyo chorro brotaba impetuosamente.

—Déjame probar —la apartó con suavidad.

Ocupó el lugar de ella, tomó el grifo y lo movió para cerrarlo, esperando percibir la causa de la avería… Pero, simplemente, el grifo se cerró, el agua dejó de salir.

Durante uno instante, el G-man casi sonrió. Las mujeres…

Da súbito sonó la alarma en su cerebro. Alzó la cabeza, mirando hacia el espejo y comenzando a volverse hacia Flora Santiago. La vio por el espejo, detrás de él, con el taburete de baño en alto.

No tuvo tiempo de nada más.

El taburete golpeó su cabeza, por detrás, tirándolo de cara contra el espejo, donde rebotó para caer de espaldas, ya sin sentido, con una tremenda brecha en la cabeza, que chascó de nuevo al entrar en brusco contacto con el suelo. Quedó tendido cara al techo, lívido como un muerto, inmóvil.

Flora se había apartado, y estuvo unos segundos mirándole inexpresivamente.

—Debería matarte —susurró, frunciendo el ceño.

Pero su expresión cambió bien pronto. Apareció en su rostro un gesto dolido, triste. Tomó una toalla, se arrodilló junto al agente del FBI y lo movió, hasta ver la herida en la parte posterior de la cabeza. Una cabeza muy dura, evidentemente, pero menos que el taburete. Dobló varias veces la toalla, y la colocó bajo la cabeza de Ned Collins, dejándolo de nuevo cara al techo. Luego, le quitó el sobre con las listas y salió del cuarto de baño, tras dirigir una última mirada extraña al G-man.

—Y ojalá no tenga que arrepentirme por no hacerlo —terminó su frase anterior.

Apagó la luz del cuarto de baño segundos después. Luego, también se apagó la del dormitorio.

Eso fue todo.

CAPÍTULO VIII

Negrura absoluta, eso era todo. Pero sólo al principio. Luego, notó el terrible dolor de cabeza. Oscuridad y dolor de cabeza Luego, el primer pensamiento, el primer recuerdo y el hombre del FBI se sentó en el suelo, casi lanzando un aullido de dolor. Le pareció que la cabeza fuese a saltarla en miles de pedazos.

Se llevó las manos a la frente, y se inclinó hacia adelante. Sí. Eso era lo que había pasado: Flora le había golpeado con el taburete del cuarto de baño. Eso había hecho. Llevó una mano al bolsillo interior donde había guardado el sobre con las listas, y lanzó un gruñido. Por supuesto, el sobre ya no estaba allí.

Se puso en pie, vacilante. No tenía la menor idea en sentido de orientación. Tendió las manos, tocó una pared. Un cristal. El espejo del lavabo. Giró hacia la izquierda, alcanzó la puerta y la abrió saliendo al dormitorio… donde cayó de bruces. Estuvo casi un minuto allí, incapaz de moverse, notando cómo la cabeza latía, latía, latía, con una fuerza, con un dolor brutal… Cada tres segundos, el piso del dormitorio se teñía de rojo, debido al parpadeante anuncio del hotel, cerca de la ventana. Rojo, negro, rojo, negro, rojo, negro.

Volvió a ponerse en pie, y fue a encender la luz, que le hizo daño en los ojos. Miró hacia la cama, pero, por supuesto, Flora no estaba en ella. Se había marchado, eso era todo. Y se había llevado la lista. A él sólo le había dejado un espantoso dolor de cabeza, que ahora se iba corriendo hacia el cuello y los hombros. Volvió al cuarto de baño, abrió la ducha, y puso la cabeza bajo el agua. Estuvo así casi otro minuto, viendo caer a la bañera el agua teñida de rojo, y pensando… Intentando pensar, al menos.

Muy bien: desde luego, no tenía motivos para felicitarse,

precisamente. Pero no entendía nada de nada. No lograba entender nada de nada. Si ella sabía dónde estaba la lista, y lo que quería era llevársela… ¿Por qué había aceptado la ayuda de él para llegar hasta allí? Podía haber llegado sola, y…

No.

Precisamente ahí estaba la jugada, ahora clarísima: Flora Santiago le había utilizado para que la ayudase a llegar hasta allí. Y a fe que lo había hecho bien, que la había ayudado estupendamente. ¡Vaya que sí…! Sin ayuda, Flora no habría podido llegar jamás a Los Ángeles. Y por tanto, ella la había aceptado. Se había estado portando como una mosquita muerta, como una dulce muchacha que, después de diez años de matrimonio con un hombre, se enamora de otro. Y todo, para que el otro, ni más ni menos que un agente especial del FBI, la sacase del apuro.

Hasta aquí, la genial jugada de Flora estaba clara. Pero, si ella era la mujer de «Continental», y estaba huyendo de Carlos Peralta y los demás agentes ruso-cubanos…, ¿por qué huía también de él, de un agente del FBI? ¿Qué clase de extraña jugada estaba realizando aquella muchacha?

¿Cómo entenderlo? ¿Cómo entender que ella huyese a la vez de Peralta y del FBI?

—Lo sabremos muy pronto —murmuró Ned Collins—. Porque si esperas salir de Los Ángeles, estás lista, amiguita.

Miró su reloj, y mostró disgusto al ver que había pasado más de una hora desde que llegaron al hotel. En una hora, Flora Santiago podía estar ya muy lejos. Lejísimos.

Pero no podía darse por vencido.

Descolgó el teléfono y tuvo que mover varias veces el soporte antes de oír la voz del adormilado conserje.

—¡Diga, señor Sanders!

—¿Ha visto salir a mi esposa?

—Eeeh… ¿A su esposa, señor? Bueno…, yo…

—Déjelo. Y avise al FBI.

—¿Al qué…?

—Oiga, despierte, ¿quiere? —masculló Ned—. Y comuníqueme en seguida con el FBI.

CAPÍTULO IX

El inspector Terrell, del FBI, entró en el cuarto anexo a la enfermería, sonrió, y se plantó junto al estrecho lecho, donde yacía Ned Collins, pálido, con la cabeza vendada desde las orejas hacia arriba.

—¿La han encontrado? —se animó la mirada de Ned.

—No. Lo siento, Collins.

—Ya comprendo que no va a ser fácil —murmuró Ned—. Pero si han puesto los suficientes hombres y contando con la fotografía de ella, que yo le dicté al dibujante… Bueno, supongo que es cosa de paciencia: no se puede encontrar a una chica tan lista en menos de veinticuatro horas.

—Por fortuna, usted puede comprender eso —sonrió de nuevo Terrell—. Repetiré mi pregunta: ¿Cómo va eso?

—Bien. Si me dan mis ropas, me uniré a ustedes para buscar a Flora. ¿Han comunicado lo sucedido al jefe Hadaway?

—Desde luego. Y tengo un recado de él, para usted: que regrese a Washington en cuanto esté en condiciones.

—¿Que regrese? —Se pasmó Ned—. Pero… ¡eso es absurdo! ¡No pienso moverme de Los Ángeles hasta que encontremos a esa mujer!

—Bueno, si ésa es su respuesta para Clarence Hadaway —volvió a sonreír Terrell—, será mejor que se la dé usted mismo. No tengo interés en hacerlo yo, se lo aseguro.

—Emm… Bueno, está bien, entiendo. Saldré para allá en cuanto sea posible.

—Vaya… —Pareció decepcionarse Terrell—. Por un momento he tenido la esperanza de contemplar al primer hombre capaz de desobedecer a Hadaway.

* * *

—Pareces un rajá —sonrió Ralph, el ayudante de Clarence Hadaway—. Ya sabes, uno de esos tipos de la India que tienen rebaños de elefantes, y que van a cazar tigres.

—Si pretendes que me ría, estás perdiendo el tiempo —masculló Ned Collins.

—Sólo trato de ser amable contigo, hombre… ¿Qué tal te sientes?

—Fatal.

—¿Tan fuerte te dio?

—No es el golpe lo que más me duele. Eso está pasado ya, pero lo otro… Eso de que una jovencita guapita le tome el pelo a un agente del FBI, me está quitando el sueño.

—Ya sabes que el jefe es muy comprensivo. Cualquiera falla una vez, Ned. Sobre todo, si quien nos atiza se supone que es amigo nuestro.

—Muy consolador —refunfuñó Collins—. Bueno, ¿está el jefe o no está?

Ralph abrió la comunicación del intercomunicador, sonriendo.

—¿Sí, Ralph? —Se oyó la voz de Hadaway.

—Ned está aquí, señor.

—Ah, bien… Que pase dentro de quince segundos.

—Sí, señor.

Cerró la comunicación y se quedó contemplando su reloj, mientras Ned Collins le contemplaba hoscamente a él. Transcurrido el tiempo, Ralph señaló hacia la puerta, y Collins, refunfuñando algo, fue allá, llamó y entró.

—Me alegro de verte —acudió Hadaway a su encuentro—. Supongo que estás bien.

—Físicamente, sí, señor.

—Entiendo —se estrecharon la mano y Hadaway señaló uno de los sillones; se sentaron ambos, y Hadaway se quedó mirando con cierto sarcasmo los vendajes de Collins—. Bueno, Ned, como siempre, has hecho un buen trabajo.

—¿Yo, señor? —Se pasmó el agente especial.

—Naturalmente. ¿Quién, si no?

—Pero, señor… No entiendo… Bueno, reconozco que salir de México en aquellas condiciones no fue nada fácil ni divertido,

pero… Vamos, para perder esas listas después de haberlas tenido en las manos, hace falta ser un cretino completo, señor. Debí desconfiar hasta de mi sombra, y así…

—Cálmate. Las listas están aquí. Míralas.

Tendió las cuartillas a Ned, que las tomó maquinalmente. Se quedó mirándolas, pero todavía tardó unos segundos en darse cuenta de que los nombres que estaba leyendo, eran, en efecto, los de las listas que él y Flora habían recogido en el White Hotel, de Los Ángeles.

—Pe… pero…, pero…

—La explicación va a parecerte un poco tonta. Ned. Pero hay que aceptarla: Flora Santiago estaba convencida de que tú eras uno de los de Peralta.

—¿Qué…? ¿Cómo…? ¡Por todos los…!

—Ella lo creyó así.

—Pero…, ¡maldita sea mi estampa! ¡Esa mujer está… chiflada! Nunca me las he visto más negras, señor, se lo juro. Para salir de México tuve que matar a varios hombres, tuve que…

—Ya sé todo eso. Pero sucede que ella no vio a nadie muerto, Ned. El único muerto fue el hombre contra el que ella misma disparó, cuando lo del helicóptero. Por lo demás, tú los ibas quitando de en medio con tanta facilidad, que ella se reafirmó en sus sospechas. Cuando lo del helicóptero, tú te encargaste de tres hombres, dijiste que los habías eliminado, y fuiste a por el aparato. Ella sólo vio, cuando ya estabais volando, a tres hombres tendidos sobre los arbustos. Algo parecido ocurrió en la isla: la dejaron sin conocimiento y cuando se recuperó, estaba a salvo… Y no digamos el sistema que utilizaste contra Peralta en el restaurante mexicano de Acapulco: un par de bofetadas, y asunto resuelto.

Ned había conseguido salir de su estupefacción.

—Ahora comprendo algunas cosas… —susurró—. Y sé por qué ella disparó contra mí y dijo que no me había reconocido. Quería dejarme atrás…

—Sí. Pero luego se dio cuenta de que, siguiéndote el juego, le iban mejor las cosas. Flora Santiago estuvo convencida en todo momento de que todo era un truco de Peralta. Es decir, que te habían enviado a ti para convencerla de que eras un agente del FBI, y que así, te llevase hasta donde tenía las listas, o bien, si las

llevaba encima, te las entregase. Por lo demás, dada tu facilidad para salir de apuros, creyó que todo era fingido, que tus… victorias no eran sino jugadas bien preparadas, porque sabíais que el único modo de conseguir las listas era engañándola.

—¡Je…! Vaya angelito… Además, señor, para convencer a una mujer de que diga algo a unos cuantos hombres, no hay que sudar mucho, me parece.

Hadaway movió la cabeza.

—Tú no conoces bien a Flora Santiago, Ned. Peralta no le habría sacado nada, a las malas. Y Peralta lo sabía. Por eso, sólo atacó abiertamente cuando, al veros juntos y dispuestos a escapar, creyó que llevabais encima las listas.

—Bien… Bueno, una mujer desconfiada, desde luego. ¿Y cómo están las listas aquí? —Se pasmó de pronto—. ¿Las ha traído ella?

—Sí. Después de golpearte se fue del hotel y por la mañana tomó el primer avión hacia aquí. Se presentó sola, tranquilamente.

—No sé si reír o echarme a llorar —gruñó el agente especial—. Bueno, si tenemos las listas supongo que habrá que empezar a trabajar para meter en cintura a esos traidores que…

—Eso ya está en marcha. Olvídalo. Ya has hecho tu parte. Creo que debes tomarte tres semanas de descanso. Una, como convalecencia de tus heridas, que celebro no sean graves. Las otras dos, a cuenta de vacaciones.

—¿Y para qué quiero yo unas vacaciones de tres semanas? —murmuró Ned Collins.

—Bueno, espero que no quieras que yo te planee tu propia vida. De todos modos, la semana es obligatoria. Si las otras dos prefieres trabajarlas, ya sabes que el señor Hoover lo tendrá siempre en cuenta, Ned.

—Lo pensaré, señor. Mmm… Bueno, supongo que Flora…, la señora Burgos identificó a su… a «Continental».

—Sin el menor vestigio de duda. Hemos quedado satisfechos en todos los sentidos.

—¿Qué pasa con él, ahora?

—Se están realizando ya investigaciones que esperamos nos lleven al pleno convencimiento de que nada sangriento hay que reprocharle. Por lo demás, «Continental» ha estado haciendo su trabajo de espía, y no podemos reprocharle eso, porque, como dice

una querida amiga mía, un espía es siempre un espía. Y comprenderás que después de lo que «Continental» ha hecho por nosotros, sólo podemos estarle agradecidos.

—Sí… Sí, entiendo eso. Es lógico y razonable… Bueno, le deseo suerte a «Continental»… Por cierto: ¿cuál de los cuatro sujetos era el verdadero?

—Está en mi saloncito de relax. Estaba conmigo cuando tú has llegado; por eso te he hecho esperar unos segundos.

—¿Qué pasa? —Parpadeó Ned—. ¿Es que no puedo saber yo quién es «Continental», señor?

—No digas tonterías, Ned. —Hadaway se puso en pie, fue a la puerta de su saloncito de relax, y la abrió.

—¿Quiere salir, «Continental», por favor?

ESTE ES EL FINAL

Ned Collins se puso en pie, mirando expectante hacia la puerta, por la cual apareció… Flora Santiago, mirándole no poco cohibida. Ned tragó saliva y miró detrás de la muchacha, cada vez más expectante. Pero, transcurridos unos segundos, nadie más salió del saloncito de Clarence Hadaway.

—Bueno… —murmuró—, ¿qué pasa?

—Pues que yo sepa, no pasa nada —frunció el ceño Hadaway—. Querías conocer al agente «Continental», y ahí le tienes.

—¿Dónde?

—Soy…, soy yo… —dijo Flora, con voz aflautada.

Aquello fue peor que el taburetazo, sin duda alguna. Aunque, por fortuna, menos doloroso. Pero suficiente para que Ned Collins se quedase como quien oye a un asno cantar La Traviata.

—¿Usted…, señora Burgos?

—No estoy casada. Nunca lo he estado. Ocurrió que en Ciudad México me descubrieron, y tuve que huir como pude a Acapulco. Comprendí en seguida que ellos pensaban que allí dispondría de ayuda, y que les sería más fácil quitarme las listas. De modo que las envié a Los Ángeles, al hotel donde había estado otras veces, y pedí ayuda al FBI. Como en México ellos habían podido leer mi telegrama, me dije que también podían haberlo hecho en Acapulco, y cuando usted apareció, creí… que era una trampa, y decidí… aprovecharme de ella en lo posible. Cuando le… le golpeé en el hotel, estaba segura de que hacía… lo más conveniente para mí… y para usted. Lo normal habría sido matarle, señor Collins.

—Ah… Pues le estoy muy agradecido por haberse limitado a

partirme la cabeza, señora Burg… Un momento… Ninguno de aquellos cuatro tipos era «Continental», ¿eh? Les enviaron para desconcertarnos, por si ese verdadero conseguía escapar, o había enviado las listas… Sí, eso es, sí… Y entonces… O sea, que no existe un marido que… Lo que quiero decir es que… ¡Por todos los demonios, menudo cuento el de la jovencita que se casa a los quince años y todo eso…!

—Yo… pensé que usted fingía creerme porque era de ellos, señor Collins. Y… Bueno, yo…, yo nunca… nunca he estado casada, eso es…

—Pues es todo un desperdicio —aseguró Ned.

—¿Qué?

El agente especial se quedó mirando a Hadaway, que sonreía como ausente de allí.

—¿Sigue en pie eso de las tres semanas de vacaciones, señor?

—Si no las quieres…

—Dicen que es de sabios cambiar de opinión, señor.

—Cierto. Iré a decirle a Ralph que tome nota. En seguida vuelvo.

Les dejó solos en el despacho. Durante unos segundos, los dos estuvieron mirándose. Ned Collins fue a rascarse la cabeza, pero desistió en seguida, con un gesto de alarma, de sobresalto. Flora lo captó perfectamente.

—Lo…, lo siento…

—Más lo siento yo. ¡Bueno…! Así que… una espía que comprende que la han estado engañando, que su bando no es todo lo bueno que ella desearía, que se pasa a otro bando que parece más razonable… ¿No es eso?

—Sí. No estoy traicionando a Cuba, sino a ciertos… elementos que están engañando a Cuba.

—Claro. Y… solterita, ¿eh?

—Si… Solterita.

Luego, acercándose a la joven la prendió por la cintura y levantándole la cabeza la obligó a mirarle.

—Mi querida Flora, he decidido que dejes de ser soltera, ¿qué te parece?

—A mí muy bien, siempre y cuando tú también dejes de serlo…

Y poniéndose de puntillas, rodeó el cuello del hombre con sus brazos, el cual, arrebatadamente besó sus labios con pasión.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…